LA CARMAÑOLA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

UN INGÉNIO DE ESTA CORTE.

MADRID:
EL TEATRO, GALERÍA DRAMÁTICA, PEZ, 40, 2.º
1869.

LA CARMAÑOLA.

Imprímese esta comedia sin que se haya representado en ningun teatro. La razon de esto saltará á los ojos de quien la lea y tenga en cuenta los tiempos y las circunstancias.

Pero si ahora ó andando el tiempo hay, sin embargo, empresa que quiera representarla, excusado es decir que el autor no ha de oponerse.

LA CARMAÑOLA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

UN INGÉNIO DE ESTA CORTE.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.

DOÑA IGNACIA, 45 años.	LUIS.
MARÍA, 20.	RAMON.
D. ANTONIO, coronel retirado, 50.	MIGUEL.
D. MANUEL, 45.	TOMÁS.
D. RAFAEL, 30.	ALONSO, mozo de imprenta y asturiano.
EDUARDO, 26.	PERICO, id. id.
ANDRÉS.	JUAN, lacayo.

La cosa sucede en Madrid, cualquiera de los años pasados.

ACTO PRIMERO.

Redaccion de *La Carmañola,* diario de la tarde.—Una puerta al foro que da á las habitaciones donde está la administracion y á la antesala; otra á la izquierda del espectador, que comunica con la escalera que baja á la imprenta.—En el centro de la escena hay una mesa grande ovalada, con tinteros, plumas, tigeras, cajas de obleas y de fósforos, cuartillas de papel blanco, y un diluvio de periódicos, doblados unos, desdoblados otros, todos revueltos y en confusion: alrededor y debajo de la mesa hay tambien tirados muchos periódicos.—Á la derecha del espectador, en primer término, buró con recado de escribir, cuartillas de papel blanco y periódicos: junto al buró, fijos en la pared, dos botones de campanillas eléctricas que dan, una á la antesala, y otra á la imprenta.—En la pared del foro grandes anaquelerias llenas con legajos de periódicos diferentes: sobre la puerta un reloj.—La sala es grande y no está mal decorada; mas las paredes están llenas de manchas de tinta, de papeles impresos y de estampas (no de santos) pegados con obleas.—Las sillas son de gutapercha, y están súcias y rotas.—En la colocacion de los muebles y en todo se advierte el desórden propio de tal lugar.

ESCENA PRIMERA.

D. RAFAEL, escribiendo en el buró; MIGUEL, RAMON y TOMÁS, escribiendo alrededor de la mesa; LUIS, tambien junto á la mesa, recorta sueltos y gacetillas de los periódicos, los pega en cuartillas de papel blanco y escribe entre los papeles pegados: unos tienen los sombreros puestos y echados atrás;

los sombreros de los otros y los abrigos de todos están tirados de cualquier manera sobre las sillas. ALONSO y PERICO entran y salen segun lo requiere el diálogo.

MIGUEL. (Con un cigarrillo en la boca, y buscando entre el revuelto monton de periódicos que hay sobre la mesa.) ¿Dónde diablos habeis puesto los fósforos? Cosa que se pierde en este *mare-magnum* de papeles está más perdida que en el fondo de la mar. El laberinto de Creta no tiene que ver con esta mesa.

TOMAS. ¿Buscas los fósforos, y está Ramon presente? Pues imagina que estás, no en ese laberinto que dices, sino en Sierra-Morena. No vé caja que no se guarde.

MIGUEL. Si parece cosa de brujeria: no hace un minuto que los he tenido en la mano. (Levanta papeles de la mesa y los tira al suelo.)

LUIS. ¿Qué hace usted, hombre? No tire usted esos periódicos, que aun no están repasados. (Acude á recoger los periódicos que Miguel ha tirado, y vuélvese á su sitio.)

MIGUEL. Á ver aquí debajo. (Tira de un periódico sobre el cual está escribiendo Ramon.)

RAMON. (Impacientándose.)—¿Te estarás quieto? Un reglon entero me has hecho borrar.

MIGUEL. Calla, mal génio, y dame un fósforo.

RAMON. (Con tono de mal humor.) No tengo fósforos. (Sigue escribiendo.)

TOMAS. (Está leyendo periódicos y Miguel le tropieza.) Hombre, no seas posma. Don Rafael tendrá.

MIGUEL. Es verdad. (Va al buró y busca los fósforos molestando á Don Rafael.) Á ver...

D. RAF. (Impacientándose porque le interrumpen.) ¿Qué quiere usted?

MIGUEL. (Encuentra al fin una caja.) Nada, nada: aquí hay. (Vuélvese á su sitio, enciende el cigarro y se pone á leer periódicos.)

D. RAF. (Mirando al reloj, y con impaciencia.) La una y media! (Sigue escribiendo.)

LUIS. (Llamando á voces.) ¡Alonso! ¡Perico!

RAMON. (Con enfado.) No vocee usted, hombre. No hay manera

de escribir un párrafo seguido.

D. RAF. (Vuélvese impaciente á los de la mesa.) ¡Oh! (Sigue escribiendo.)

LUIS. No sé cómo quiere usted que llame.

D. RAF. (Lee á media voz lo que ha escrito, para fijar la atencion, distraida con la conversacion de los otros.) «En vano graznan los »buhos y las lechuzas escondidos en los viejos tor- »reones y en las ruinas de los conventos, que cayeron »para no levantarse jamás...»

LUIS. (Llamando más alto que ántes.) Alonso! Perico! (Ramon da señales de impaciencia.)

D. RAF. (Más impaciente.) ¡Hum! (Sigue leyendo á media voz.) «El sol »de la libertad rasga ya las densas nubes de la igno- »rancia y del fanatismo...»

LUIS. Alonso! Perico! (Más fuerte y dando palmadas.) Á la otra puerta. (Ramon agarra las cuartillas en que escribe y se va al otro lado de la mesa.)

D. RAF. (En el colmo de la impaciencia.) ¡Uf! (Escribe.) «Y la huma- »nidad avanza sin detenerse...»

LUIS. ¡Don Rafael!

D. RAF. (Escribiendo.) «Por el fecundo camino...»

LUIS. ¡Don Rafael!

D. RAF. (Con impaciencia, sin dejar de escribir.) ¿Qué se ofrece?

LUIS. ¿Quiere usted tocar la campanilla de la imprenta?

D. RAF. (Escribiendo.) «De la civilizacion y del progreso.» (Contemplando con delectacion lo que ha escrito.) ¡Hermoso período!

LUIS. (Ap., viendo que no le responde.) (¿Tampoco éste?) (Deja en la silla una porcion de papeles que tenia sobre las rodillas y va á tocar una de las campanillas que hay junto al buró.)

D. RAF. (Escribiendo.) «¡Guay del miserable...» (Muy cargado, á Luis que le tropieza.) ¿Qué es eso?

LUIS. (Tocando la campanilla.) Ya nada.

MIGUEL. (Leyendo periódicos.) Bien se conoce que el fiscal aprieta. ¡Qué insulsos vienen todos los periódicos!

TOMAS. (Dejando uno que tiene en la mano.) Ya, ya. Luis, ¿quiere usted tocar la campanilla de la antesala? (Luis se vuelve á tocar la otra campanilla y tira al suelo las cuartillas escritas por D. Rafael.)

D. RAF. Son ustedes capaces de apurar la paciencia á un santo de piedra. (Recoge las cuartillas y las ordena.)

LUIS. ¡Ay! Fué sin querer. (Le ayuda á recogerlas y se vuelve á su sitio.)

D. RAF. (Muy cargado.) ¡Ya presumo! No sé qué hago ni qué escribo. (Sigue escribiendo.)

ALONSO. (Entra por la puerta de la izquierda.) El regente pide original.

LUIS. ¿Tan pronto?

ALONSO. Faltan cuatro columnas y es la una y media.

LUIS. Toma. (Le da lo que hay escrito.)

PERICO. (Entra por el foro.) ¿Llaman ustedes?

TOMAS. Á ver si han venido más periódicos. Estos no dicen nada. (Váse Perico, vuelve á poco con más periódicos, y otra vez se va por donde vino. Tomás sigue leyendo.) «Teatros... *Lances de »honor.*»—Si ustedes no van, he de pedir la butaca del periódico; que esta comedia mete mucho ruido y no la he visto.

RAMON. ¿*Lances de honor*? Me alegro que me lo recuerdes. De oro y azul voy á poner á la comedia y á su autor.

TOMAS. ¿No es buena?

RAMON. Es un mamarracho.

TOMAS. El público la aplaude.

RAMON. El público es un jumento. *Lances de honor* es una comedia oscurantista, y su autor un reaccionario, que siempre anda á vueltas con Dios, y la Providencia, y Jesucristo, y todas esas antiguallas. Y el indino tiene la habilidad de hacer que le aplaudan á rabiar siempre que quiere. ¿Te parece que no hay motivo?...

TOMAS. ¿Pues no ha de haber? Duro en él.

LUIS. En ese mismo teatro presentó usted un drama: ¿cuándo se representa?

RAMON. El empresario es tambien un cangrejo; mi drama era muy liberal, y no le gustó.

LUIS. Ya!

MIGUEL. ¿Tú la pegas con *Lances de honor*? Pues yo voy á dar otra zurra á la comedia que anoche se estrenó en el Príncipe.

LUIS. ¿Es tambien reaccionaria?

MIGUEL. No la he visto; pero el autor es un majadero que el otro dia se permitió hablar mal de un artículo mio en el Suizo.

ALONSO. (Entra por la izquierda.) Dice el regente que me den original.

TOMAS. Otra te pego!

MIGUEL. Por vida del regente!

LUIS. Si no se dan ustedes prisa nos despacharán tarde en la fiscalía y no llegaremos al correo.

D. RAF. (Volviéndose.) Señores, escriban ustedes cualquiera cosa. Con las recogidas pasadas hace tres dias que no vamos á Provincias. Si seguimos así nos quedaremos sin un suscritor.

MIGUEL. (Ap. á Tomás.) (Ahí le duele.)

LUIS. Todas las noticias están dadas.

RAMON. Estos periódicos no dicen nada.

TOMAS. Todo está agotado.

ALONSO. Faltan tres columnas.

MIGUEL. ¡Dale!

D. RAF. (Volviéndose.) Pues ello es que hay que llenar lo que falta. Ideen ustedes cualquier diablura: contra el ministerio, contra los *neos*, contra el Papa. ¿Qué han hecho ustedes de su habitual inventiva para maldecir de todo el mundo, y de su pasmosa facilidad para llenar cuartillas sin decir nada?

ESCENA II.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRES. (Asoma por la puerta del foro.) ¿Estorbo?

LUIS. ¿Qué ha de estorbar usted? Adelante. (Con alegría, dando las cuartillas que entre todos han escrito á Alonso, que se va por la izquierda.)

RAMON. Un ángel le trae á usted.

MIGUEL. Usted traerá noticias frescas.

TOMAS. Ayúdenos usted á llenar tres columnas que faltan.

ANDRES. (Entra haciendo cortesías.) Señores... (Ap.) (¡Qué bien recibido soy en todas partes!) (Saludando á D. Rafael, que àpenas le hace caso.) Señor don Rafael... Se espera con ánsia su discurso de usted: ya están de bote en bote las tribunas. (Saludando á los otros.) Luisito... Ramon... Tomás...

MIGUEL. Vamos, vamos, Andrés, dénos usted noticias.

ANDRES. ¿Noticias? Ya saben ustedes que ese es mi fuerte. ¿Cómo las quieren ustedes? ¿De hoy ó de ayer? ¿Ciertas, probables ó falsas?

LUIS. Verdaderas ó falsas, lo mismo da; pero frescas y bastantes á llenar tres columnas.

ANDRES. (Ap.) (Todo el mundo necesita de mí!) Allá van: escriban ustedes. (Luis, Tomás, Ramon y Miguel escriben lo que Andrés va dictando á cada uno.) «Ha muerto de repente el marqués de Campoyermo.»

MIGUEL. ¡Hombre! ¿Lo sabe usted de cierto?

ANDRES. Me pareció oirlo ayer en un corrillo de la Carrera de San Jerónimo.

MIGUEL. Su familia está fuera: si no la han preparado y leen...

LUIS. (Escribiendo.) ¡Qué se hunda el mundo! El caso es llenar el periódico.

ANDRES. «Mañana por la noche contraerán matrimonio la bella y simpática señorita doña Luisa Garnal y el distinguido y elegante jóven don Alfredo Nolma. Acto contínuo saldrán los felices esposos con direccion á París, Lóndres, Viena, Berlin, Petesburgo, Constantinopla, Florencia, Roma y Nápoles.»

RAMON. ¡Aprieta!

TOMAS. ¿Qué le importa á España?...

LUIS. Escriba usted, hombre, que faltan tres columnas.

ANDRES. (Ap.) (Y á mí me convidan á la boda para que haga público el suceso.) «El señor don Agustin Caldemaro ha escrito un libro: con decir que es suyo, dicho se está que es muy malo.» (Á Miguel.)

D. RAF. (Volviéndose bruscamente.) No, Andrés, eso no puede pasar.

ANDRES. Caldemaro es enemigo de ustedes...

D. RAF. Pero es periodista.

ANDRES. ¡Es verdad! «El distinguido publicista don Agustin Caldemaro ha escrito un libro lleno de ciencia y erudicion...» Si quieren ustedes dictaré á los dos á un tiempo. (Á Ramon.) «Estamos competentemente autorizados para suponer que pasa algo. El ministro de Fomento, con la torpeza que le caracteriza...»

D. RAF. Andrés, el ministro de Fomento es un hombre de bien, muestra buenas tendencias...

MIGUEL. (Ap. á Andrés.) (Y tiene colocada en pingües destinos á toda la parentela de nuestro director.)

ANDRES. Eso tiene fácil remedio. «El inteligente y activo ministro de Fomento...» Vaya usted escribiendo. (Á Luis.) «El ministro de la Gobernacion...» (Sigue dictando y los otros escribiendo.)

D. RAF. En ese cargue usted la mano cuanto quiera. Es enemigo declarado de los periodistas; y el insulto, la calumnia, todo es lícito contra el que tiene la audacia de ponerse en frente del cuarto poder.

ALONSO. (Entra por la izquierda.) Dice el regente...

LUIS. Toma y calla. (Le da lo que hay escrito.)

RAMON. Si vuelves con esa embajada te tiro una silla á la cabeza.

ALONSO. ¿Qué culpa tengo yo?...

D. RAF. Ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí. Toma: seis cuartillas, es decir, una columna. (Se las da á Alonso, que se va por la izquierda.) Ustedes con la bulla que meten, y este periódico con sus citas indigestas y sus apretados silogismos, me han puesto la cabeza como un bombo.

LUIS. Terrible artículo es. Como dos y tres demuestra que *La Carmañola* no sabe lo que se pesca.

D. RAF. Pues ya va servido el articulista. Le llamo apagaluces, servil, tránsfuga de todos los partidos...

LUIS. Sí; pero sus silogismos...

D. RAF. Á todos contesto diciendo que los silogismos pertenecen al antiguo régimen.

LUIS. El otro hace citas...

D. RAF. Yo tambien hago citas, hombre. Cito textos de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de filósofos antiguos...

LUIS. Y son concluyentes, eh?

D. RAF. Como que dicen todo lo que yo quiero que digan. Los autores no han de resucitar para desmentirme.

LUIS. ¡Pero, señor don Rafael!...

D. RAF. ¿Ahora se viene usted con escrúpulos de monja? Nuestros lectores no han de evacuar las citas, ni leerán lo que el otro conteste. ¡Pues hombre! Ni los siete sábios de Grecia podrian escribir al golpe sobre todas las cosas de este mundo y del otro, sin permitirse ciertas licencias... En el periodismo lo que importa es demostrar que el contrario es un tonto ó un pillo. Lo demas no hace efecto.

ALONSO. (Entra por la izquierda.) Sobra original. (Se va.)

MIGUEL. ¡Santa palabra! (Tira la pluma en la mesa.)

TOMAS. ¡Gracias al diablo!|

LUIS. (Esperezándose.) Gané el jornal del dia.

RAMON. (Levantándose, á Luis.) ¡Hombre! No parece sino que se trata de hacer mesas ó de revocar fachadas.

LUIS. (Levantándose, con mucho sosiego) Sobre poco más ó ménos... En la Universidad me dieron calabazas; un ministro me quitó el empleo que su antecesor me habia dado; por no pasarme el dia empingorotado en un andámio ó aserrando maderos, me hice periodista, que no sé si es oficio más honroso, pero que seguramente es más fácil y lucrativo.

RAMON. Imposible parece que haya hombres de miras tan bajas y tan pobres aspiraciones.

LUIS. Vamos claros, compañero: si los empresarios de teatros fuesen ménos reaccionarios, ó sus comedias de usted no fuesen tan liberales, ¿se pasaria usted cinco horas diarias escribiendo majaderías, insultando á todo bicho viviente y hablando de lo que no entiende?

ANDRES. Señores, señores! Si les oyesen á ustedes los ene-

migos...

D. Raf. En cambio, aquí tienen ustedes á Andrés, que sin oficio ni beneficio, ni necesidad de emborronar cuartillas, vive como un príncipe y es el niño mimado de todo el mundo.

Andres. Mi trabajo me cuesta, señor don Rafael. La tarea de averiguar noticias y contarlas es pesadita. Y en eso, aunque me esté mal decirlo, pienso que no tengo rival.

D. Raf. ¿Qué ha de tener usted? *La Correspondencia* es niño de teta...

Andres. *¡La Correspondencia!* Cuando ella averigua una noticia, ya la han olvidado los que tienen la dicha de tratarme.—Yo todo lo sé, yo todo lo cuento; y así vivo feliz y querido de todo el mundo. Desde el primer ministro al último gacetillero, desde el banquero más encopetado hasta el más humilde mercachifle, no hay en Madrid quien no me diga lo que quiere que se sepa, en la seguridad de que á mí nada se me pudre en el pecho. Solicítanme los hombres de importancia para que les cuente lo que se dice de ellos; las muchachas me buscan para saber qué adornos están de moda; importúnanme las jamonas para que les diga en secreto dónde se vende el mejor *colcrean* y el carmin más disimulado. Los ricos capitalistas me sientan á su mesa, porque despues me haga lenguas de sus riquezas; no hay baile ni comedia casera donde yo no tenga entrada, á condicion de publicar la amabilidad del anfitrion, los trajes de las convidadas y el lujo de la fiesta: ni se abre fonda ni café decente, ni se estrena comedia ni se inaugura nada que tenga importancia sin contar conmigo. Los perfumistas me regalan sus cosméticos más finos; las tiendas de lujo ponen á mi disposicion sus géneros más nuevos y mejores... ¡hasta la deliciosa *Revalenta Arábiga* me ha elegido por trompa de su fama! Por la calle no me dejan andar las gentes, preguntándome qué ocurre; cuando entro en el Suizo, la Iberia ó el Casino,

se despueblan mesas y banquetas, y todos me rodean para saber noticias. En todas partes soy bien recibido; todo el mundo me agasaja, y me teme todo el mundo; porque en el modo y la ocasion de dar una noticia suelo hacer más daño que diez artículos de fondo y quince discursos parlamentarios, que es cuanto se puede encarecer. Hablo más que siete, miento más que *La Gaceta*, y yo mismo tengo que contradecirme á cada paso: y sin embargo, ¡cosa admirable! todo el mundo me llama embustero, eso sí; pero todo el mundo rabia y se afana por saber lo que yo cuento. Estoy seguro de que si pudiera imprimirme y venderme á dos cuartos por las calles, tiraria más ejemplares que *La Correspondencia*. (Ríense todos.)

MIGUEL. Y ¿no tiene quiebras el oficio?

AMDRES. ¿Cuál no las tiene? Algun secreto publiqué, que me costó un torniscon del que tenia interés en que no se supiese; á alguno dí por muerto, que estaba vivo y sano y me lo demostró con un puntapié... Pero eso no vale nada: con un poco de árnica... (Ríense todos.)

D. RAF. Ademas de esos inconvenientes, y el agetreo, que debe ser grande, otra cosa me retraeria de tomar el oficio de noticiero. Para conocer los secretos de la alta política tiene usted que estar bien con todos los que mandan.

ANDRES. Amigo, no hay más remedio que cambiar la casaca cada vez que se cambia el ministerio. Pero ¡qué diablo! la cosa no debe ser tan mala; porque los reyes que ahora se estilan, hijos legítimos de la civilizacion moderna, tienen que hacer lo mismo para que sea posible el turno pacífico de los partidos. Ni el nombre hace á la cosa, como dicen los franceses; y si bien se considera, no soy yo quien varía. Mire usted: unionistas, moderados, progresistas, todos cantan himnos á la libertad y predican economías cuando están en la oposicion; y en el poder ninguno se acuerda más que del órden, de la autoridad, y de hacer empréstitos para levantar el crédito del país. Luego yo soy el único que no varía: siempre

opino con el que está encima, que hay que gastar mucho y doblar por el espinazo al que está debajo. (Ríense todos.)

D. Raf. ¡Famoso Andrés!

ESCENA III.

DICHOS y EDUARDO.

Eduar. (Entra por el foro sério y cabizbajo.) Buenos dias, señores.

Andres. ¡Calle! ¿Usted por aquí? No sabia...

D. Raf. Venga usted acá, buena alhaja, á que le dé un abrazo. Su artículo de usted ha hecho un efecto asombroso.

Eduar. Es usted muy amable.

Luis. Todos los periódicos copian párrafos de él y lo aplauden..

Andres. ¡Cómo! Ese artículo que tanto ha dado que decir, es de usted? ¡Quién habia de pensar!... Todo el mundo se lo atribuye á don Rafael. Anoche no se hablaba de otra cosa. ¡Pobre don Manuel!—Ya saben ustedes que anoche habia sesion por causa de los presupuestos. (Á Don Rafael.) Por cierto que á usted no le veo nunca allí por las noches.—Pues, como digo, estuve á última hora en el salon de conferencias, y todos me decian:—Usted lo sabe todo: ¿de quién es el artículo de *La Carmañola?*—Yo me encogia de hombros y respondia sonriéndome maliciosamente:—no sé;—porque en efecto, lo ignoraba. Don Manuel andaba por los rincones, abandonado de sus amigos, que ya no le quieren por jefe. ¡Qué gentes tan intolerantes! ¡Como si el tener un tapadillo fuese un crímen!

D. Raf. ¿Y él, estaba abatido?

Andres. No, señor; andaba tan tieso como siempre; y aun dejaba asomar á los labios una sonrisilla, no sé si compasiva ó desdeñosa... Ya sabe usted que en materia de hipocresía esos hombres son maestros.

D. Raf. No estaré satisfecho hasta ver humillado y abatido á

ese miserable, que tiene la fatuidad de creerse orador, y no teme ni respeta á la prensa.

ANDRES. Y díganme ustedes: ¿quién es ella?

D. RAF. ¿La querida de don Manuel? Lo ignoramos.

ANDRES. Pues ¿cómo han sabido ustedes?...

TOMAS. Muy sencillamente. Yo vivo en frente de esa casucha de que habla el artículo, y una noche ví á don Manuel entrar en ella con una mujer que no conozco. El otro dia los ví llegar juntitos en un tres por ciento...

MIGUEL. Y pocos minutos ántes habia yo visto á don Manuel salir del Cármen y entrar en un magnífico carruaje con una señora de las mismas señas, y que, segun me dijeron, está casada con un ricacho.

D. RAF. Y con esos datos, aconsejé á Eduardo que escribiera ese artículo, seguro de que habia de causar sensacion.

ANDRES. ¡Y vaya si la ha causado! ¡Bribonazo! ¿Quién habia de decir que un hombre tan formalote... al cabo de sus años?...

LUIS. Pero ¡qué injusto es el mundo! ¿Quién de nosotros no ha tenido media docena de devaneos como ese? Y nadie nos echa en cara...

D. RAF. Ya, ya; pero es que nosotros no hacemos profesion de santos.

ANDRES. Su conversacion de ustedes es muy agradable; pero yo quiero ir temprano al Congreso para oir á don Rafael, y ántes he de pasarme por casa de Lolita... Una chica muy mona... Me encargó que la diese noticia de unas telas...

RAMON. Tambien yo me voy. ¿Quién se viene al Congreso?

TOMAS. Allá vamos todos.

MIGUEL. (Saludando á los que se quedan.) Señores...

LUIS. Hasta luego.

EDUAR. (Á Andrés.) Por supuesto que no vaya usted á decir que soy yo... Al fin, y al cabo, don Manuel es amigo de mi familia.

ANDRES. ¿Qué he de decir?... (Ap.) (Á todos los que me encuentre.) Don Rafael, hasta luego, que iré á darle á usted la

enhorabuena y un abrazo. (Vánse todos, ménos D. Rafael y Eduardo, por el foro.)

ESCENA IV.

D. RAFAEL y EDUARDO.

EDUAR. Y usted, no va? Son cerca de las dos.

D. RAF. Nunca se abre la sesion ántes de las dos y media; con el despacho ordinario, reclamaciones, preguntas, y la rectificacion del ministro, ya serán cerca de las cuatro cuando á mí me toque. Quiero llegar en el momento crítico: cuando el ministro esté hablando, y en escaños y tribunas reine profundo silencio, entónces es ocasion de entrar, pálido el rostro, con paso tranquilo... ¿comprende usted? En esto del Parlamento hay algo que entra por los ojos; hay algo y aun algos de comedia, y es preciso ser buen actor.—Ahora quiero que hablemos de otra cosa que me importa más que la política.—Pero... permítame usted... un momento no más. (Se acerca al buró y prepara cuartillas para escribir.) No se me olvide dejar escrita la *Última hora* dando noticia de mi discurso.

EDUAR. (Siéntase.) ¡Cómo! ¿Ántes de pronunciarle? ¿Y si luego no hablase usted?

D. RAF. No es probable. Y siempre habria tiempo... (Se sienta, escribe y lee. Ap.) («Última hora.—Congreso.—Gran dia¡ ¡Triunfo completo! Esta tarde ha hablado nuestro querido amigo y director. Razones que nuestros lectores comprenden nos impiden tributar al elocuente orador, al gran tribuno, al insigne repúblico, los elogios que merece.») (Alto, sin dejar de escribir.) Si no lo hiciese yo mismo, esos tarambanas me colmarian de lisonjas. Aun así dudo que no intercalen... (Se levanta.) ¡Ajajá! Negocio despachado. (Se acerca á Eduardo, que está distraido, y le mira en silencio.) ¿Qué es eso, Eduardo? Le encuentro á usted preocupado y triston.

EDUAR. ¿Qué ha de ser? El efecto que mi artículo ha causado me da miedo. Don Manuel es amigo de mi familia... Esta situacion es insostenible. ¡No sabe usted qué desgracia es tener una madre montada á la antigua! ¡Ya se vé! Se confiesa con los jesuitas, y la tienen sorbido el seso. Todo se le vuelven preocupaciones y rarezas. Á mi hermana y á mí nos obliga á hablarla de usted, y á besarle la mano cada vez que entramos ó salimos. ¡Figúrese usted, á nuestra edad! Cuando supo que *La Carmañola* era periódico anti-católico, y que yo le leia, por poco se muere; si supiese que yo escribo en él... oh! se moria sin remedio. Y sin embargo, yo la quiero... No me atrevo...

D. RAF. Sí, Eduardo; quiérala usted mucho: hasta que se pierde no se sabe lo que es una madre. ¡Pobre madre mia! Tambien tú eras cristiana! (Con tono sombrío.) Y cuando me acuerdo de tí!... (Mudando de tono.) Pero su situacion de usted no es nueva, y su preocupacion de usted es de hoy. Otra debe ser la causa...

EDUAR. (Despues de vacilar un instante, se decide.) ¡Oh! (Se levanta.) Necesito consejo, necesito amparo. ¿Á quién mejor que á usted podré confiar lo que me sucede? Don Rafael, estoy perdido; perdido irremisiblemente!

D. RAF. ¿Cómo!

EDUAR. Mi desdicha y mi ceguedad me han puesto á las puertas de un presidio!

D. RAF. ¿Qué dice usted!...

EDUAR. Arrastráronme al gran mundo mi posicion, mis naturales inclinaciones, mi mala estrella. No pensaron mis padres que á la edad hay que darle lo que es suyo, y creyeron que escaseándome el dinero me reducirian... La necesidad me obligó á jugar... ¡Perdí! Tuve que pedir prestado; solamente hallé dinero á un interés crecidísimo, y obligando al pago los bienes de mi padre cuando muriese. El usurero buscó escribano y testigos, y firmé unas escrituras obligándome á pagar con los bienes que expresé, la cantidad que en efecto recibí;

más lo que importaban los intereses acumulados de veinte años, que fué lo que calculamos que podria vivir mi padre.

D. RAF. ¡Qué atrocidad!

EDUAR. Dejamos todas las fechas en blanco para llenarlas cuando mi padre muriese; pero el usurero las ha llenado á su gusto, y me amenaza con una causa criminal si no le pago en seguida.

D. RAF. Pero, Eduardo, ¿cómo pudo usted acceder?...

EDUAR. La necesidad... el ánsia de tener dinero... Ahora veo que hice una locura; y no sé qué voz interior me acusa como si hubiera cometido un crímen!

D. RAF. La voz de la razon natural; el grito de la conciencia...

EDUAR. ¡Qué razon ni qué conciencia! Más creo yo que son las rancias preocupaciones que me infundió mi madre, y que sus enseñanzas de usted no han extirpado por completo. Despues de todo: ¿no hemos nacido para gozar? Pues si para eso era menester hacer lo que hice, bien hecho está. ¡Tan decididos en teoría, y en la práctica nos asustamos de una niñada!

D. RAF. (Ap.) (¡Vaya, que el mocito es alhaja!)—En fin, lo que importa es sacar á usted de este aprieto. Hay que ver esas escrituras... hay que enterarse... Quizá podamos reducir al usurero á que se contente con lo que en realidad prestó; y entónces... yo podria tal vez...

EDUAR. ¡Usted! ¡Ah!

D. RAF. Deje usted que salga del discurso de hoy. Mañana veremos...

EDUAR. (Con vehemencia.) ¡Usted sacó mi inteligencia de las sombras de la ignorancia en que yacia; le debo á usted ya más que á mis padres! Si ahora me libra usted de la desgracia y la vergüenza que me amenazan... (Le estrecha la mano con efusion.)

D. RAF. ¡Bah! Lo mismo haria usted por mí. (Ap.) (Mejor ocasion que esta no he de hallar.) Y puede usted hacer por mí muchísimo más que eso.

EDUAR. ¿Yo? ¿Cómo?

D. RAF. Favor por favor, y confianza por confianza.

EDUAR. Hable usted.

D. RAF. Eduardo, yo estoy perdidamente enamorado de su hermana de usted.

EDUAR. (Asombradísimo.) ¿De mi hermana!

D. RAF. Por su amor daria mi fama de escritor, mi inportancia política, cuanto soy y cuanto tengo.

EDUAR. No salgo de mi asombro. ¿Dónde la ha conocido usted? Usted no va á la iglesia, ni frecuenta los hospitales...

D. RAF. Cuando estuvo el cólera en Madrid fuí miembro de aquella sociedad que se fundó para probar al mundo que la filantropía sustituye con ventaja á la caridad. Repartiendo limosnas con otros dos compañeros, entré en una guardilla pobre y sucia, donde yacian postrados por la terrible enfermedad una madre y dos pobres niños: cuidaba de la madre una señora á quien apenas ví; junto á los niños velaba una criatura celestial. Revolvíanse los niños agitados por el dolor, y la jóven mitigaba sus padecimientos con dulcísimos besos, y caricias, y lágrimas de amor; y entre tanta miseria y tanta pena me parecia tan hermosa, que si hubiera sido creyente habria imaginado que aquel era el ángel de la caridad cristiana. Díjonos que allí no eran menester nuestros socorros; mas que en la guardilla inmediata se moria abandonado de todo el mundo un pobre anciano que más necesitaba de cuidados que de dinero. La pobreza de la vivienda y los estragos que la peste estaba haciendo en aquel barrio acobardaron á mis compañeros, y se negaron á entrar. Suplicaba la jóven con lágrimas y suspiros; mis compañeros, por evadir el compromiso, ofrecian mayor limosna:—¡La caridad no es de oro ni de plata!—exclamó la hermosa niña:—salven ustedes á ese anciano, y Dios se 'lo premiará!— Arrastrado por el mágico acento de aquella voz, me ofrecí á cuidar del moribundo miéntras mis compañeros buscaban una hermana de la Caridad. Cuando la hermana de la Caridad llegó y fuí á despedirme de

aquella mujer incomparable, envidié la suerte de los niños enfermos, y pensé que era dulce morir en brazos de los ángeles! Averigué quien era; mas no conocia á su padre de usted, ni sabia de nadie que le conociese. Inútilmente busqué á su hermana de usted por paseos y teatros; en vano procuré verla en los templos. Poco despues hice amistad con usted; pero no sé que temerosa vergüenza ha sellado mis lábios hasta ahora. Eduardo, lléveme usted á su casa, póngame usted en relacion con su hermana de usted, y con usura habrá usted pagado esos favores que dice usted que le he hecho.

EDUAR. Con el alma y la vida lo haria. ¿Qué más quisiera yo que ganase usted el corazon de mi hermana, y de rechazo conquistase usted á mi madre? Pero, señor don Rafael, usted no conoce á María. Mire usted que es una gazmoña, una mojigata, la segunda edicion de mi madre, corregida y aumentada.

D. RAF. Tal como es, la adora mi corazon.

EDUAR. Luégo, mi madre no gusta de adquirir relaciones nuevas...

D. RAF. Véngase usted á comer conmigo esta tarde. Despues de comer, con cualquier pretexto, vamos á su casa de usted; y ya allí...

EDUAR. Lo intentaré; pero no respondo... Si mi madre averigua que es usted el director de *La Carmañola*...

D. RAF. Tratándome verá que no soy un monstruo que me como los niños vivos.

EDUAR. Ademas, don Manuel es visita de mi casa... si se encuentran ustedes...

D. RAF. Eduardo, tiene usted en su mano mi felicidad.

EDUAR. Don Rafael, ¿qué podré yo negarle á usted?

D. RAF. (Con júbilo.) ¡Ah!

ESCENA V.

DICHOS y PERICO.

PERICO. (Entra en la puerta del foro.) Señor, un caballero desea ha-

blar con usted.

D. RAF. (Cargado porque le interrumpen.) Dile que estoy ocupado.

PERICO. Se lo he dicho, y me ha respondido que tiene que tratar con usted un negocio reservado y urgentísimo que le importa á usted tanto como á él.

D. RAF. ¿Á mí?

PERICO. Ya ha venido hoy dos veces.

D. RAF. Pues que vuelva la tercera.

PERICO. Dice que si usted no quiere recibirle esperará en la esquina de esta calle ó en la puerta del Congreso.

EDUAR. (Sonriéndose.) No hay escapatoria.

D. RAF. ¡Vaya, que hay hombres pesados! ¿Y quién es? ¿Cómo se llama?

PERICO. No ha querido decirme su nombre.

D. RAF. Probablemente será algun elector. Piensan esos majaderos que por un miserable voto que dan adquieren el derecho de convertir en agente de negocios á su diputado. (Á Perico, que se va.) Dile que entre y espere aquí. (Á Eduardo.) No se vaya usted, delante de usted le recibiré.

EDUAR. (Cogiendo el sombrero.) No; dice que el asunto es reservado. Y aunque en la tribuna de periodistas siempre suele haber lugar, pero cuanto ántes vaya mejor asiento encontraré.

D. RAF. Pues váyase usted por la puerta de la imprenta y bajarémos juntos. (Recoge las cuartillas que dejó sobre la mesa.) Tengo que dar estos papeles al regente y hacerle ciertos encargos...—Con que esta noche, despues de comer... (Cógense del brazo y vánse conversando por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

D. ANTONIO y PERICO. Entran por el foro.

PERICO. Tome usted asiento, que en seguida viene el señor director. No queria recibir á nadie y se puso como una

furia porque le pasé recado. Si no hubiera sido por mí...

D. ANT. Bueno, hombre, bueno: quince veces me lo ha dicho usted. (Le da una moneda.)

PERICO. (Tomándola.) Caballero, usted me ofende. (Ap., mirándola.) (Parece buena.) (Se la guarda.) No lo decia por tanto, sino porque usted se haga cargo de que el señor director tiene que hacer, y...

D. ANT. Pierda usted cuidado, que pronto despacho. (Váse Perico por el foro.) ¡Ay! Creí que no daba con él en todo el dia. Ahora no se me escapará.—Pero ¿qué es esto, corazon? Hace un momento te parecia que no podias sosegar hasta encontrarle; y cuando logras lo que tanto deseabas lates más de prisa, y vacilas, como si te faltase resolucion?...—¡Lo que intento es una villanía, una infamia indigna de un hombre de bien!...—Pero ¿han de estar los hombres de bien á merced del primer tunante que quiera deshonrarlos? ¿Ha de tener la maldad á su servicio todos los medios, buenos y malos, de triunfar de la honradez; y la honradez no ha de valerse de los medios que encuentre para defenderse de la maldad?... Sobre todo, ya estoy aquí, ya no puedo retroceder. (Saca del bolsillo un rewolver y lo registra.) Está corriente (Lo guarda.) Álguien viene. Él debe ser. ¡Calma!

ESCENA VII.

D. ANTONIO y D. RAFAEL.

D. RAF. (Entra por la izquierda.) Beso á usted la mano.

D. ANT. ¿El señor director de *La Carmañola?*

D. RAF. Servidor de usted.

D. ANT. Tenemos que tratar un asunto que á ambos interesa mucho: va en él la honra de mi familia, su honra de usted.

D. RAF. (Con extrañeza.) ¿La honra de su familia de usted?... ¿Mi honra?... No comprendo...

D. Ant. Lo comprenderá usted oyendo lo que tengo que decirle. (D. Rafael va á hablar) Sé por el criado que tiene usted que hacer, y no seré pesado.

D. Raf. (Señálale una silla.) Siéntese usted.

D. Ant. Si usted me lo permitiese, cerraria las puertas.

D. Raf. (Mirándole receloso.) ¿Con qué propósito?...

D. Ant. (Con burlona sonrisa.) ¿Teme usted?...

D. Raf. (Con altivez.) ¡Oh! Yo no temo nada. (Cierra ambas puertas.) (Ap.) (Ya va picando mi curiosidad.) ¿He de echar tambien los pestillos?

D. Ant. No es menester: basta con evitar que algun curioso... (D. Rafael le señala una silla, y ambos se sientan; D. Rafael del lado del buró.)

D. Raf. Ante todo: ¿puedo saber con quién tengo el honor?..

D. Ant. Mi nombre no hace al caso.

D. Raf. Tratándose de mi honra, necesito saber...

D. Ant. Oígame usted primero.

D. Raf. Hable usted.

D. Ant. Soy coronel retirado. Gané todos mis ascensos en el campo de batalla, regando con mi sangre la causa de la libertad. Cuando se acabó la guerra civil, era casi un niño, y ya tenia mi pecho lleno de cruces, mi cuerpo de cicatrices. Cuando se lleva un nombre ennoblecido por la virtud y generosas hazañas de muchas generaciones, esclarecido ademas por la propia honradez y con sangre propia, se estima en mucho el nombre que se lleva. Mi hacienda, mi vida, todo lo quiero perder, ántes que legar á mis hijos empañado el nombre que heredé puro y sin mancha.

D. Raf. Muy bien me parece todo eso; pero no veo...

D. Ant. Un poco de paciencia, que pronto acabo. Dióme tal mujer la Providencia, que más pareceria ángel del cielo por la hermosura del alma, si los ojos no se parasen extasiados á contemplar la hermosura incomparable de su rostro. Y para que nada faltase á mi ventura, bendijo Dios mi matrimonio con un hijo, en quién yo esperaba ver reproducidas la hidalguía y nobleza de

mis mayores, y con una hija, en quien miro reflejadas, como en cristal purísimo, la hermosura y las virtudes de su madre.

D. RAF. (Comienza á impacientarse.) Repare usted, señor mio, que el tiempo vuela, y no puedo...

D. ANT. Si no me interrumpe usted, acabaré más pronto. Educado yo en malísima escuela, parecíame exagerada la educacion que mi mujer daba á nuestros hijos, propia solamente de ermitaños y de monjas. Así que mi hijo salió de su regazo, le dí más libertad de la que sus pocos años consentian; y para hacer de él un hombre de provecho, no encontré medio mejor que enviarle á la Universidad, al Ateneo, á las Academias; puse en sus manos libros de todas las escuelas y periódicos de todos los partidos; y en el revuelto barullo donde los que se llaman sabios no se entienden, le dije:—busca la verdad.—

D. RAF. (Impaciente.) Pero, señor...

D. ANT. Entre todos los maestros que oyó, ninguno halló que tanto le gustase, como un amigo (¡Dios le confunda!) que iba todos los dias, á la misma hora, á hablarle de política, de filosofía y de artes, y extractado y en sustancia le administraba todo el veneno que ha dado de sí la soberbia de los hombres. Hízole entender que todo acaba con la muerte; que las penas eternas y la justicia infinita son espantajos con que las nodrizas asustan á los niños y los ricos espantan la codicia de los pobres. Roto el freno que las contenia, las pasiones le arrastraron como caballos desbocados; embotóse su corazon, y sus mejillas palidecieron en el escándalo de los vicios. Cuando quise poner remedio al mal no se me rebeló, porque le habria costado la vida; pero ya no me oyó con la vergüenza del delincuente que reconoce su culpa, sino con la bárbara indiferencia de la soberbia que legitima su crímen. Y entónces le juzgué perdido sin remedio: porque «quién cae y sabe que cae, puede levan»tarse; pero ¡triste del que embellece las caidas y las

»justifica diciendo:—enriquecerse y gozar, eso es vivir;» mi razon así me lo dice, y yo no tengo más ley ni otro soberano que mi propia razon!—

D. Raf. (Ap.) (¿Será un tunante y se estará divirtiendo conmigo?) Caballero, ¿qué me importa á mí nada de eso, ni qué interés tiene usted en que yo lo sepa, si no he de poder remediarlo?

D. Ant. Dos palabras y concluyo. Cerrarónse las puertas de mi casa para ese pérfido amigo, para ese malvado que ahuyentó de ella la confianza y la paz; y como si quisiera vengarse de mi justá determinacion, forjó una calumnia horrible, lanzóla sobre la frente de mi mujer, y salió por calles y plazas publicando mi deshonra. (Exaltándose.) ¿No es verdad que yo tengo derecho de matar á ese malvado? ¿No es verdad que no puedo estar tranquilo hasta que vierta la última gota de su sangre?

D. Raf. (Ap.) (Estará loco?) Sí, hombre, sí, mátele usted; pero déjeme usted á mí en paz, que no tengo la culpa de lo que á usted le sucede.

D. Ant. (Exaltándose por momentos.) ¿Que no tiene usted la culpa! Es que el falso amigo, el vil calumniador, no es un hombre; es un libelo infame, es un periódico miserable y ruin, es *La Carmañola*.

D. Raf. (Levántase airado.) Caballero! Recuerde usted que estamos en mi casa; no haga usted que yo lo llegue á olvidar.

D. Ant. (Levántase tambien.) Ah! Esa noble indignacion me vuelve la vida. Quien así se siente ofendido viéndose acusado, es claro que en conociendo el mal que ha hecho querrá remediarlo.

D. Raf. *La Carmañola* no ha calumniado nunca á nadie; de su mujer de usted no es posible que haya hablado jamás.

D. Ant. Que no es posible? Oiga usted. (Saca del bolsillo un número de *La Carmañola* y lee.) «Por qué llamamos hipó- »critas á esos hombres, se nos pregunta: contestaré- »mos con toda lisura y claridad. Porque, como los fari- »seos, son sepulcros blanqueados por fuera, y por

»dentro llenos de podredumbre; porque entre ellos hay »quien sabe hacer magníficas fiestas y rendir ostentoso »culto á la Vírgen del Cármen, y herirse los pechos con »sonoros golpes, y edificar á los fieles congregados con »la compuncion del rostro y la humildad del continen»te, y al salir del templo no tiene empacho en acompa»ñar á una mujer casada, y meterse con ella en lujoso »carruaje, y cambiarle en el camino por un modesto »coche de alquiler, é irse con su dama á una casa de »malas apariencias situada en barrios extraviados, »adonde más de una noche los ha visto entrar la curio»sidad indiscreta.» El resto no me atañe. ¿Comprende usted ahora?...

D. RAF. No, señor; ni una palabra.

D. ANT. Claramente se alude aquí á don Manuel Vidarte.

D. RAF. Á nadie se nombra.

D. ANT. El resto del artículo no lo deja dudar. Sin eso, él fué quien hizo estas fiestas; él quien salió acompañando á una señora y entró con ella en un carruaje; medio Madrid lo vió, todo el mundo ha conocido que él es el aludido.

D. RAF. Y puesto que así sea, quéjese el ofendido: ¿á usted quién le da derecho?...

D. ANT. La señora con quien don Manuel Vidarte entró en un carruaje delante de numeroso concurso, es mi mujer; este artículo ha sido causa de que los maldicientes pregonen que mi mujer es la querida de don Manuel Vidarte.

D. RAF. Yo no tengo la culpa de que su mujer de usted ande en coche con ese hombre.

D. ANT. (Conteniendo un movimiento de ira.) ¡Oh! No irrite usted más mi cólera. No hubo culpa en que públicamente y delante de mí entrasen juntos en mi coche; el daño está en suponer que fueron de oculto, y suelen ir á esa casa...

D. RAF. Acabemos de una vez. ¿Qué quiere usted?

D. ANT. Lo primero saber quién es el autor de este artículo.

D. RAF. Debe usted suponer que aunque no fuese mio tomaria sobre mí toda la responsabilidad.

D. ANT. Quiero entónces que repare usted en lo posible el daño que ha hecho. Devolver la honra robada es más difícil que volver al vaso el agua que se derramó; pero de algo servirá dar pública satisfaccion al que se ofendió públicamente, reconocer y confesar el yerro y la injusticia; desdecirse...

D. RAF. ¿Qué está usted diciendo! ¿Desdecirse un periódico! ¿Desmentirse *La Carmañola!* ¡No está usted en su juicio!

D. ANT. Si es falso lo que dijo, si por una ligereza disfamó á una mujer honrada, ¿qué ménos puede hacer que reconocer el engaño?

D. RAF. Un periódico no puede confesar jamás que se ha engañado. Tratándose de don Manuel Vidarte, de un hombre importante de otro partido, confesar el engaño seria darle una satisfaccion, reconocer su inocencia, pedirle perdon! ¡Imposible! La dignidad de mi partido, el crédito de mi periódico, mi propia dignidad...

D. ANT. Su dignidad de usted está interesada en que no se le pueda llamar á usted con justicia calumniador.

D. RAF. ¡Caballero! La pasion le sugiere á usted palabras que en otra ocasion y en otro sitio no podria tolerar.

D. ANT. ¡Ay! No quiero ofender á usted; solamente quiero que repare usted el daño que me ha hecho. Ni aun eso quiero. Porque ha perdido usted á mi hijo para siempre, y ha desterrado usted la felicidad de mi casa; pero todo se lo perdono á usted, todo: lo único que exijo de usted es que me devuelva la honra que me ha quitado. ¿Tiene usted hijos? ¿Tiene usted mujer? ¿Tiene usted madre? ¡Por lo que más ame usted en el mundo, apíadese usted de este pobre soldado viejo, cuyo principal patrimonio consiste en un nombre honrado y respetado de todos!

D. RAF. Bien quisiera complacer á usted; pero es imposible.

D. ANT. Por Dios justo y providente que castiga la maldad y

premia las buenas acciones; por la Vírgen Santísima...

D. Raf. Yo no creo en esas cosas; no se moleste usted.

D. Ant. ¡Ah!... En efecto: si no cree usted en eso, será inútil que me moleste.

D. Raf. Si se cree usted ofendido, acuda usted á los tribunales.

D. Ant. ¡Á los tribunales! ¿Para qué? ¿Para que los que aun no lo han comprendido, sepan por mí que es mi mujer la calumniada? La calumnia está forjada de modo que todo el mundo la entienda, pero que los tribunales no puedan castigarla. Y en último caso ¿qué adelantaria yo con que sufriese la pena el editor responsable del periódico, miéntras el verdadero culpado se reiria de mí, del tribunal y de la ley así burlados? Es inútil acudir á los tribunales.

D. Raf. Otro medio queda, y á mí más me agrada. Estoy á las órdenes de usted.

D. Ant. ¿Un desafío? Pero eso seria igualar al culpado con el ofendido; eso seria ponerse el acusador al nivel del reo. Si yo fuese muerto ó herido, ¿por qué culpa sufriria la pena que usted sólo merece?

D. Raf. Entónces no veo que le quede á usted más remedio que aguantarse.

D. Ant. Otro me queda en que usted no ha caido.

D. Raf. ¿Cuál?

D. Ant. ¿Decididamente, no quiere usted confesar de buena voluntad que *La Carmañola* ha mentido y calumniado á mi mujer?

D. Raf. Ántes me cortaria la mano derecha.

D. Ant. Pues si no quiere usted hacerlo por buenas, queda el remedio de que lo haga usted por malas.

D. Raf. (Con altivez.) ¡Cómo!

D. Ant. Que va usted á escribir lo que yo le dicte, y á disponer que se inserte en el número de hoy.

D. Raf. ¡Já, já, já! (Ríese á carcajadas.) ¡Donosa ocurrencia! ¿Y cómo piensa usted obligarme?...

D. Ant. Como se puede obligar al ladron á que devuelva lo que ha robado; del modo que un hombre de bien, como yo,

puede obligar á un bribon, como usted, á que le respete.

D. RAF. Esto es ya demasiado. Si ahora mismo no se va usted, le tiraré á usted por el balcon.

D. ANT. Lo que hará usted, mal que le pese, será escribir lo que yo le dicte, si no quiere usted pagar su infamia con la vida. (Saca el rewolver y le apunta.)

D. RAF. (Retrocediendo asustado.) ¿Eh! ¿Cómo? ¿Qué intenta usted!

D. ANT. Arrancarle á usted el corazon miserable donde se forjó la infame calumnia que me deshonra, donde se engendró la ponzoña que ha envenenado el alma de mi hijo.

D. RAF. Va usted á cometer un asesinato alevoso! Es imposible que un caballero, un militar, un hombre de honor asesine á traicion y con perfidia á un hombre desarmado.

D. ANT. Pues qué quiere usted? ¿Que la honra y la paz de las familias, y cuanto hay de sagrado en la tierra y en el Cielo, esté á merced de cualquier nécio ó cualquier tunante, que parapetado tras de las columnas de un periódico, y con la garantía, cuando más, de un editor responsable, quiera desahogar su ignorancia, su maldad ó su mal humor? Si los hombres honrados no tenemos otro modo de defendernos de los malvados ¿qué hemos de hacer? Cazarlos como á fieras, matarlos como á malhechores que nos sorprenden en el retiro de nuestras casas.

D. RAF. (Animándose un poco.) ¡Oh, no; usted no me matará! Usted no ha calculado que al estampido del tiro acudirá gente, y...

D. ANT. Seis tiros tiene el *rewolver;* pienso aprovecharlos todos y escapar. Si no, iré á la cárcel con el consuelo de haber quitado de enmedio á un tunante.

D. RAF. El suceso se hará público; se confirmará la sospecha de que es su mujer de usted...

D. ANT. Ya en Madrid no lo duda nadie. Viendo que no he castigado al acusado si no al acusador, comprenderán que

todo fué vil calumnia. Y aprenderán los bribones que no siempre son sufridos los hombres de bien. ¿Escribe usted?

D. RAF. Todo el mundo comprenderá que he cedido á la fuerza.

D. ANT. Y yo podré decir á todo el mundo que el bravucon que desde las columnas de su periódico desafia las iras del poder, y la justa cólera del cielo, ha temblado como una mujer delante de la boca de mi *rewolver*. ¿Escribe usted?

D. RAF. Considere usted...

D. ANT. Decídase usted pronto; mire usted que la ira, largo tiempo comprimida, me va cegando, y ya más deseo matarle á usted que reparar mi honra. Por última vez: ¿escribe usted?

D. RAF. (Con entereza y resolucion.) No, eso nunca; y á la fuerza mucho ménos.

D. ANT. Casi me alegro! Si entre el fango de ese alma miserable le queda á usted un resto de fe, encomiéndese usted á Dios, ante cuyo tribunal va usted á comparecer, ó al diablo, con quien va usted á unirse para toda la eternidad. (Tiende el rewolver y va á disparar.)

D. RAF. (Atemorizado.) Oh, no! Deténgase usted! Un momento!

D. ANT. (Sin dejar de apuntarle.) Ni un momento, ni medio. Ó en este instante escribe usted lo que yo dicte, ó ahora mismo es usted muerto.

D. RAF. Pero, discutamos ántes... Busquemos medio honroso para todos...

D. ANT. Ea! (Va á disparar.)

D. RAF. No, no! Escribiré lo que usted me diga. (Ap.) (Ganemos tiempo!)

D. ANT. Miserable! Por qué á lo ménos no tiene usted la fiereza de la maldad? Pero ha de ser en seguida.

D. RAF. Al instante. (Va hácia al buró y ve las campanillas. Ap.) (Oh! ¡Qué idea!) (Volviéndose á D. Antonio en tono de súplica.) Lave usted su honra; pero no me deshonre usted á mí.

D. ANT. Sólo tengo obligacion de mirar por mí.

D. RAF. (Arregla lo necesario para escribir, y aprovechando un descuido de

D. Antonio, pone el dedo en los botones de ambas campanillas.) Dicte usted...

D. ANT. (Dictando.) «En nuestro número de ayer dijimos, á sa»biendas, una falsedad, y calumniamos sin razon ni mo»tivo á una mujer honrada.»

D. RAF. (Miéntras escribe, ap.) (Habrán sonado?... Habrán oido?)

D. ANT. «Nuestra vil calumnia ha cundido por todas partes; y »estamos obligados á deshacer nuestra infamia.»

D. RAF. (Mientras escribe, ap.) (¡No vienen!)

D. ANT. Se oyen pasos. (Escuchando con inquietud.)

D. RAF. ¿Pasos?... No... (Con visible emocion.)

D. ANT. Sí, álguien se acerca por allí. (Señala la puerta del foro.) Si intenta usted aprovechar la ocasion, una bala es para usted; otra para el que llega, si no me deja franca la salida; y aun me quedarán cuatro para abrirme paso si encuentro quien quiera detenerme. (Colócase cerca de la puerta de la izquierda, mirando á la del foro y ocultando el rewolver á la espalda.)

ESCENA VIII.

DICHOS, PERICO y ALONSO.

PERICO. (Por el foro.) ¿Señor? (Alonso abre la puerta de la izquierda.)

D. RAF. (Levantándose y parapetándose con los trastos que tenga más cerca, sin quitar ojo á D. Antonio, y con mucha rapidez.) Ese hombre quiere matarme; sujetadle!

D. ANT. ¡Ah! (Apunta á Perico, que iba á echarse sobre él y se detiene espantado.)

ALONSO. (Le coge por la espalda y le sujeta el brazo derecho de manera que si disparase no diese á nadie.) ¡Quieto!

D. ANT. (Desesperado y forcejeando inútilmente por desasirse de Alonso, y de Perico, que en viéndolo sujeto acude á ayudar á Alonso á tenerle y desarmarle.) ¡Oh!... (Todo esto ha de ser obra de un instante.)

D. RAF. (Rompe lo que ha escrito y se echa á reir á carcajadas.) ¡Já, já, já! ¿Imaginaba usted que para cortar las uñas al leon

en su propia caverna no habia más que intentarlo? ¡Pobre viejo! (Á los criados.) No le hagais mal, y soltadle cuando yo haya dado vuelta á la esquina: ántes no, porque es tarde, y ya no puedo detenerme ni aun á aplastar al gusano que se ponga en mi camino.

D. ANT. (Que no cesa de forcejear entre los brazos de los criados.) ¡Oh! ¡Máteme usted!

D. RAF. (Acercándose á D. Antonio.) Matarle á usted, ó molerle á palos, no me costaria más trabajo que mandárselo á estos; y con dos testigos y avisar á la autoridad, tendria bastante para enviarle á usted á presidio: me da usted lástima, y quiero dejar que viva usted en paz con su vergüenza y su despecho.

). ANT. (Cada vez más furioso.) ¡Oh!...

). RAF. Pero si otra vez intenta usted vengarse de mí, tenga usted mucho cuidado de apuntarme bien al corazon; porque viviré apercibido, y si me queda un instante de vida, le prometo á usted que sabré aprovecharle. (Coge el sombrero y el abrigo.) ¡Já, já, já! ¡Pobre viejo! ¡No ha jugado mal lance! ¡Já, já, já! (Váse por el foro riéndose: Don Antonio redobla sus esfuerzos para soltarse y seguirle.)

ERICO. ¡Quieto!

ONSO. Si no se amansa le rompo la crisma de una puñada.

ANT. ¡Ah! Soltadme, y os daré todo lo que me pidais!

RICO. (Ap.) (Como estuviera yo solo!...)

ONSO. Dentro de un poco le soltaremos de balde.

ANT. (Fuera de sí.) ¡Dios mio: acaba tu obra y confúndeme con los rayos de tu omnipotencia, si no quieres que dude de tu justicia! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala lujosamente amueblada en casa de D. Antonio.—Una puerta á cada lado y otra en el foro.—Á la derecha del espectador, en primer término, chimenea con lumbre, y sobre la chimenea una cigarrera con cigarros y candelabros con luces.—Á la izquierda un velador grande, y encima un album con dibujos, un canastillo con labor de punto, una cestita con avios de hacer media, y una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

DOÑA IGNACIA, D. ANTONIO y MARÍA.

Entran al levantarse el telon por la puerta de la derecha.—D. Antonio se sienta junto á la chimenea, triste y silencioso, como abatido por un gran pesar:—su mujer se queda de pié detrás de él, apoyada la mano en el respaldo de una butaca, y le mira con inquietud:—María se acerca al velador; donde Juan, vestido con librea de lacayo, pone una bandeja con maquinilla y servicio de café, que María hace y sirve.—Hay un momento de silencio, con que se da lugar á que todos se coloquen y el criado se retire.

D.ª IGN. (Ap.) (¿Qué tendrá, Dios mio! ¡Es la primera vez que su alma se niega á abrirse á la mia, y sus penas no buscan consuelo en mi cariño! ¡Ay! ¡Muy grande debe ser su dolor, que no le deja ver el daño que me está haciendo!)

MARÍA. (Que de vez en cuando vuelve los ojos, inquieta y temerosa á mirar á su padre. Ap.) (Nunca le he visto así. ¡Ni un beso, ni una caricia, ni una palabra cariñosa!... Enfádanle mis halagos, y no le alegra mi alegría. ¿Estará enojado conmigo?... No he hecho nada malo...)

D.ª IGN. (Siéntase no léjos de su marido. Ap.) (¿Será conmigo su enfado? No recuerdo haberle dado motivo de queja... Estoy segura de no haber dado causa á tan grande pesar. ¿Sabrá que su hijo!.. No lo permitas, Dios mio!—Sí, eso es: ¿qué otra cosa puede ser?—Pero si es eso, ¿por qué me rechaza á mí con sequedad y desvío?) (Con los ojos fijos en su marido sigue todos sus gestos y movimientos, como espiando un momento favorable para aprovecharle.)

D. ANT. (Ap.) (Espantábame ayer la idea de matar á otro hombre, como no me espantó nunca la de mi propia muerte; hoy sólo tengo pensamientos de sangre, que furiosos me acosan y agitan. ¡Toda la sangre de aquel miserable he menester para apagar el fuego que devora mi corazon!)

MARÍA. (Ap.) (No, pues yo no me doy tan pronto por vencida. Cuando quiero que me compre libros, ó cuadros para mi oratorio, ó que me dé dinero para mis pobres, bien sé ponerle contento, y cautivarle y rendirle á fuerza de mimos y de halagos. ¿Y ahora que está triste y padece, no he de saber alegrarle?)

D. ANT. (Ap.) (Á par de mi deshonra correrá de boca en boca la burla que me jugó el infame! Todos celebrarán su serenidad y aplaudirán la generosidad con que me perdonó! Yo, á los más caritativos, daré lástima; á la mayor parte inspiraré risa! ¡Deshonrado y en ridículo! ¡Qué vergüenza!) (Esconde la cara entre las manos.)

MARÍA. (Ap.) (Como lograse meterle en conversacion... Otra vez quiero hacer la prueba. ¡Vírgen mia, á tí te lo encomiendo; inspírame!) (Preparando una taza de café, con tono chancero.) Mal viento corre hoy por esta casa. (Ap.) (¡Ni me oyen siquiera!) ¿Saben ustedes que si hubiera alguien escuchándonos estaria entretenido? (Ap.) (Nada.

no me hacen caso!) (Lleva una taza de café á su madre.) ¿Quiere usted el café solo ó con leche? (Á su padre, con mucho cariño.)

D. ANT. (Con sequedad.) No quiero café.

MARIA. ¡Y yo que lo habia tostado y molido con mis propias manos, á ver si acertaba á hacerlo como el de casa de los primos, que le gustó á usted tanto el otro dia! (Acércase á su padre por detrás del asiento, pone las manos sobre sus hombros y asoma la cabeza por encima del respaldo.) ¡Vamos! ¿Media tacita siquiera?

D. ANT. (Con ménos sequedad que ántes.) No, hija mia, no quiero café.

MARIA. (Ap.) (¡Ay, Vírgen mia, no me ayudas!) ¡Vea usted lo que son las cosas! Habrá por ahí tantos que se chuparian los dedos de gusto si tomasen café hecho y servido por una pollita como yo; y mi papá... (Le acaricia.)

D. ANT. Déjame.

MARIA. (Con mucha pena.) ¿Le incomodan á usted mis caricias? Perdóneme usted. Como otras veces...

D. ANT. ¡Hija de mi vida! (Abrázala con mucha ternura.)

MARIA. (Ap.) (¡Oh! ¡Ya es mio! Gracias, Vírgen mia: bien sabia yo que habias de ayudarme.) ¿Conque va usted á probar mi café, eh? (Va corriendo á servírselo.)

D.ª IGN. (Quiere aprovechar el arranque de ternura de su marido y se aproxima á él.) Antonio...

D. ANT. (Desviándola con sequedad.) ¡Quita! (Doña Ignacia se queda inmóvil, llorando. Ap.) (¡Y ser ella la causa de todo! ¡La única mujer á quien abrí el alma enamorada y dí entero mi corazon! ¡Y él! ¡El amigo de toda mi vida!...—¡Si es imposible! ¡Si no lo quiero creer!...—Mas si no fuese cierto, ¿cómo habia de dudar mi corazon, que tanto los ama, á quien tanta pena cuesta imaginar tamaña ingratitud!...)

MARIA. (Da á su padre una taza de café, despues de desahacer el azúca con la cucharilla: D. Antonio da un sorbo y deja la taza sobre la chimenea.) ¿Cómo es eso? ¿No fuma usted despues de comer? ¡Gran milagro! Aquí hay cigarros. (Coge uno de

la cigarrera que hay sobre la chimenea, le corta la punta con los dedos, se lo pone á su padre en la boca, y le da una trompetilla encendida.) ¿Qué seria de un padre cuando está de mal humor si no tuviese una hijita que le cuidase? Vaya, lo demas ya sabrá usted hacerlo. ¿Ó he de chupar yo tambien? (Se sienta en una banqueta á los piés de su padre, de manera que tambien su madre esté al alcance de su mano.)

D. Ant. (Enternecido.) ¡Pobre hija mia!

Maria. ¡Ay, papá, bien puede usted decirlo! ¡Porque de verle á usted así, estoy que se me puede ahogar con un cabello!

D. Ant. ¡Hija de mi alma! (Acariciándola.) Si no es contigo mi enfado; si tú eres mi alegría y mi consuelo, corazon mio!

Maria. Ya supongo que no es con nosotras su enfado de usted; pero ¿le parece á usted que no es para estar afligidas y sobresaltadas, ver que tiene usted la cara tan séria y que no hace usted caso de nosotras, aunque por todos los modos que podemos procuramos contentar á usted y ponerle de buen humor? ¡Usted, tan alegre, tan decidor, tan cariñoso con nosotras! (Cógele una mano y la pone sobre su corazon.) Toque usted, toque usted. ¿Ve usted cómo salta de susto y de pena? Así está desde que volvió usted de la calle. ¡Parece que se quiere escapar! Mire usted á mamá. ¡Pobrecilla! Mamá, no llore usted, que sus lágrimas de usted aumentarán la pena de papá. (La abraza y la besa, con lo cual la ternura y afliccion de Doña Ignacia rompen y se desbordan en copioso llanto.)

D. Ant. (Contemplándolas, ap.) (Dios mio! Si yo me engañase! Si fuese inocente!... Tantos años de amor, de abnegacion y de virtud, ¿habian de ser hipocresía y mentira? ¿Por qué he de dar más crédito á un libelo infame? ¡Estoy siendo injusto y cruel!) Ignacia, María: graves asuntos y disgustos grandísimos me preocupan, y no sé qué hago ni qué digo. (Á su mujer.) ¿Quizá no he respondido á tus palabras? ¿He respondido quizá con mal humor? Perdóname si te he ofendido, Ignacia mia.

D.ª Ign. (Acércase más á su marido y le estrecha las manos.) ¿Ofenderme tú? ¡Qué cosas tienes! No me ofende que me contestes con desvío ni que no me contestes; partéseme el corazon de verte triste. ¿Qué tienes, Antonio mio? Cuéntanos tus penas: nosotras las aliviaremos con nuestro cariño, ó las lloraremos contigo.

D. Ant. Negocios desgraciados...

D.ª Ign. ¿Y por eso te pones así? Piérdase todo, si Dios así lo dispone; mas ¿por qué hemos de perder ademas nuestra santa alegría? Nunca se me ocurre pedir á Dios riquezas ni regalos: salud, paz y gracia le pido solamente.

Maria. Si no hay más que eso, no se apure usted, papá: todo se reduce á no andar en coche ni sobre alfombras. Lo que es á mí no habia de darme mucha pena: más fácil es ser buena y agradar á Dios en la pobreza que entre sedas y terciopelos. Y no crea usted, mamá sabe hacer labores primorosas, y yo tambien hago algunas cosillas que gustan á las muchachas: con ménos se ganan la vida muchas familias que yo conozco, y viven tan felices y tan alegres. Y por mal que las cosas anduviesen, no habia de faltarnos Dios, que mantiene á los pajarillos del cielo y viste á los lirios del campo.

D. Ant. ¡Hija de mi corazon, bendita seas! No parece sino que los ángeles hablan por tu boca. (La abraza.)

Maria. Y no se engaña usted, papá, un ángel me enseña estas cosas; porque es mamá quien me las dice todos los dias.

D. Ant. (Estrechando las manos de su mujer.) ¡Oh, sí, tienes razon, hija mia: un ángel es tu madre! Y yo un nécio, que sin causa ni motivo la estoy haciendo llorar.

D.ª Ign. Vamos, no digas esas cosas, y desecha ideas tristes; que todos los tesoros de este mundo no valen un rato de mal humor.

D. Ant. Ignacia, Ignacia mia! Poco cuidado me daria perder todo cuanto tengo, mientras os tuviese á vosotras, que sois mi mayor riqueza. Pero no se trata de dinero;

trátase de la honra!

D.ª Ign. (Sobresaltada y con marcada turbacion.) ¿De la honra!... (Ap.) (No hay duda: sabe ya que Eduardo...)

D. Ant. (Ap.) (¡Oh!... ¡Se turba!... ¡Calma!) (Hace un esfuerzo para dominarse.) De la honra, sí; pero no de la nuestra, por supuesto. Es un amigo...

D.ª Ign. (¡Ay! ¡Respiro!)

D. Ant. (Mirando fijamente á su mujer.) Vosotras no le conoceis: yo le quiero como á mí mismo. Un malvado calumnió á su mujer públicamente... Su deshonra es á estas horas tema obligado de todas las conversaciones...

D.ª Ign. ¡Qué maldad!

D. Ant. Él mismo sintió en el alma el aguijon envenenado de la sospecha!

D.ª Ign. ¿El marido? ¡Qué atrocidad! ¿Su mujer le habia dado motivo?...

D. Ant. Siempre habia sido virtuosa y honrada.

D.ª Ign. ¡Oh! Entónces ¿por qué duda de ella?

D. Ant. Tú piensas que hace mal? (Mirándola fijamente.)

D.ª Ign. Sin duda.

D. Ant. (Exaltándose.) Segun eso ¿la conoces? ¿De qué lo sabes?

D.ª Ign. ¿Te parece racional ni justo sospechar de una mujer honrada y virtuosa por solo el dicho de cualquier maldiciente que quiera poner en duda su virtud? ¡Medrados estamos si la paz de las familias pende de la boca de los maldicientes! (D. Antonio vuelve á quedarse tranquilo y pensativo.)

Maria. ¡Ay, papá! Imposible parece que haya hombres tan malos! ¿Qué habrá sacado ese infeliz de calumniar á una pobre señora? No tener sueño tranquilo ni punto de reposo; porque no le dejarán vivir los gritos de su conciencia.

D. Ant. ¡La conciencia! De modo está endurecida en ciertas gentes, que parece que nunca la tuvieron. Odios políticos fueron causa de esta calumnia; y los hombres políticos han inventado una conciencia política, distinta de la moral, que les permite hacer cuantas picardías les

convienen. Traicion, deslealtad, perfidia, engaño y calumnia, todo linaje de infamias halla sancion ó disculpa en la conciencia política: apláudelo todo el interés de partido; y de tales maldades se glorian aun los que en su vida privada se avergonzarian de mucho ménos. ¡Y los que esas vilezas hacen, duermen luégo tan tranquilos como tú, hija mia, cuyo sueño guardan los ángeles! ¡Y todo el mundo les da la mano, y busca su amistad con más empeño que la mia, que no tengo más que una conciencia, que no acierto á comprender cómo se puede llamar honrado en la calle y en su casa, al que públicamente se deshonró y encanalló en las columnas de un periódico ó en los escaños del Parlamento, en el campo de batalla ó en lo alto del poder!

MARIA. Pero Dios no hace esas distinciones: ¿no temió á Dios ese desdichado?

D. ANT. Hay gentes que no cuentan con Dios para nada, hija mia. (Con tono sombrío.) Y á este malvado no le ha salido mal la cuenta. Porque quiso que la calumnia se propagase, que fuese creida de todos, y que su delito quedase impune... y Dios ha consentido que lo consiga á maravilla! ¡Quiso el marido ultrajado arrancar al calumniador la reparacion debida, ó tomar de él justa venganza, le buscó en lugar solitario... y Dios ha consentido que llegasen dos criados á tiempo de impedirlo! ¡Y el marido se vió sujeto y preso como criminal, y el calumniador se rió de él á carcajadas, y no le apaleó ni le envió á la cárcel porque tuvo lástima de él... Y Dios... Dios lo ha consentido todo!...

D.ª IGN. Pero el marido ¿intentaba matar al calumniador?

D. ANT. ¿Qué habia de hacer?

D.ª IGN. (Con tono de cariñosa reconvencion.) ¡Antonio! ¿Y querias que Dios le ayudase á cometer un crímen tan horrible?

D. ANT. Si no tenia otro medio de conseguir una reparacion, ó cuando ménos de castigar al villano! ¿Habia de verse calumniado y deshonrado, y sufrirlo?

D.ª IGN. (Con el mismo tono.) Si física y materialmente le hubiera

sido imposible hacer otra cosa, si no hubiera tenido más remedio que sufrirlo, ¿qué habria hecho?

D. Ant. Tenia el medio que empleó.

D.ª Ign. (*Como ántes.*) Pero era malo, y la razon debe estimar imposible lo que es malo.

D. Ant. Es mucho exigir de un hombre injusta y bárbaramente herido en lo más delicado del alma que lo lleve en paciencia.

D.ª Ign. (*Siempre con cariño y dulzura.*) Es insigne locura tener razon y hacer lo posible por perderla; ser digno de compasion y de respeto, y hacerse merecedor de vituperio y de castigo; ser víctima inocente de una infamia, y ponerse á nivel del criminal cometiendo otro crímen.

D. Ant. Pero ¿sabes tú lo que es estar deshonrado á los ojos del mundo, ser despreciado de los hombres?

D.ª Ign. (*Con más cariño y mayor dulzura.*) ¿Te parece que es mejor ser asesino y hacerse enemigo de Dios?

D. Ant. Los hombres no son ángeles: la pasion...

D.ª Ign. La pasion pudo servir de disculpa á ese infeliz marido en el primer momento, no despues; y nunca á sus amigos. (*Cogiéndole cariñosamente la mano.*) Sus amigos debeis procurar que oiga la voz de la razon. Búscale; dile que la honra no se lava con sangre, ántes se empaña con mancha que no se borra jamás. Disipa las dudas que turban su corazon; dile que la inocencia y la virtud de toda la vida son mejores testigos que la palabra de un maldiciente; dile...

D. Ant. (*Retirando la mano que le tiene cogida su mujer, y mirándola fijamente.*) Bien, sí, yo le buscaré y le diré todo eso. Pero... te tomas tanto interés... ¿Sabes quién son ese marido y esa mujer? ¿Has adivinado?...

D.ª Ign. (*Con ingenuidad.*) No; pero ¿no son dos almas que padecen? ¿No son ademas amigos tuyos? ¿Cómo no han de interesarme?

D. Ant. Es verdad. (*Levántase. Ap.*) (¡Maldita duda, mil veces peor que la más terrible evidencia! Su turbacion... el interés que muestra... Temo que sea cierto y me cues-

ta trabajo mostrarme cariñoso; paréceme imposible, y entónces seria bárbara crueldad mostrarla desvío... Necesito pensar... necesito estar solo...) Tienes razon. Voy á mi cuarto á escribir unas cartas, y en seguida iré en busca de mi amigo...

RIA. ¿Quiere usted que vaya yo tambien? Usted dictará y yo escribiré, como de costumbre.

ANT. No, hija mia. (Acariciándola.) Yo solo acabaré ántes.

IGN. Mira no te haga daño escribir despues de comer.

ANT. Es cosa de poco momento; luégo despacho. (Ap.) (¡No puedo más!) (Váse por el foro, hácia la derecha.)

ESCENA II.

DOÑA IGNACIA y MARÍA.

RIA. ¡Qué peso se me ha quitado de encima! (Saca la labor que hay en el canastillo, y se sienta á trabajar junto al velador, del lado de la pared. Su madre se sienta al otro lado y hace calceta.)

ª IGN. Yo tambien creí que le habia sucedido alguna desgracia. Y á decirte verdad, todavía no estoy tranquila. Tanto pesar por un amigo...

ARIA. ¿Habia de engañarnos? ¿Habia de mentir él? Parece que no conoce usted á papá. Aunque le fuese en ello la vida.

ª IGN. Tienes razon. Y sin embargo... no se por qué siento sobresalto y temor... Este Eduardo, este hijo mio!...

ARIA. ¿Sospecha usted que alguna nueva calaverada suya sea la causa?...

.ª IGN. ¿Te parece que seria gran maravilla?

ARIA. Eduardo no es ya lo que era, mamá. Desde que papá le prohibió que leyese aquel periódico tan malo, y le regañó tanto por aquellas cosas que decia...

.ª IGN. Cierto, desde entónces no ha vuelto á decir aquellas cosas delante de nosotros, ni á leer *La Carmañola* dentro de casa. Pero ¿ha dejado de pasar las noches y los dias entre esa turba de necios que no saben más que hacerse el lazo de la corbata, ni ambicionan más que

parecer bien á quien los mira? ¿Ha dejado de tener puestos los ojos y el corazon en la contrahecha hermosura de esas mujeres que no viven sino adorando su imágen en el espejo del tocador, y dándose en espectáculo, entre sedas y joyas, á la curiosidad de los hombres y á la envidia de las otras mujeres? ¿Qué ha de sacar su alma de esa atmósfera corrompida en que vive, sino es vanidad y soberbia, el ánsia de gozar que le devora, la pasion del lujo que le ha de arrastrar á los últimos extremos de la infamia y del envilecimiento?

MARIA. Miedo me da oir á usted... ¿Ha sabido usted algo?...

D.ª IGN. Aunque no supiese más que lo que veo, sobrado fundamento tendria mi temor. Hastíanle los goces de la familia, su rostro no se alegra ni su alma se muestra expansiva más que lejos de su casa; apénas nos dedica más tiempo que el necesario para comer; y es tal y tan refinado su egoismo, que si hay algun dolor, si nota cualquiera sombra que empañe nuestra ordinaria alegría, aun ese tiempo nos roba. Hoy mismo, ¿por qué no ha comido con nosotros? Porque vió el ceño de tu padre y comprendió que no habia de divertirse.

MARIA. No, mamá; ántes de que papá viniese nos dijo que le habia convidado á comer un amigo suyo.

D.ª IGN. Todo lo debió dejar cuando vió así á su padre.

MARIA. Estaba ya comprometido. Y hoy ménos que nunca se le puede echar en cara su alejamiento, porque dijo que pasaria la noche en casa. ¿No se acuerda usted? Va á venir con ese amigo, á leerle no sé qué cosa que ha escrito. Le pidió á usted permiso para presentársele.

D.ª IGN. ¿Á mí? Estaria distraida. ¿Qué le respondí?

MARIA. Que se lo dijese á papá; y papá le contestó que hiciese lo que quisiera.

D.ª IGN. ¡Oh! Lo siento. No me gusta trabar relaciones con personas que no conozco; mucho ménos con amigos de tu hermano.

MARIA. Dice que es persona de respeto y muy conocida; diputado y no sé qué más.

.ª IGN. ¡Qué buena eres, hija mia! Contigo mismo dura y severa; para los demas siempre encuentras defensa ó disculpa.

ARIA. Mamá de mi alma, si supiesen ustedes el daño que me hace oir esas cosas, es seguro que no me las dirian ustedes.

.ª IGN. Escápanse sin querer del corazon dolorido y contrastado con la conducta de tu hermano.—Pero ¿te incomoda que te alabemos, eh? Pues á tiempo lo dices en que puedo consolar la pena que te haya dado mi alabanza, quejándome de tí.

ARIA. (*Con sorpresa y sobresalto.*) ¿De mí!

.ª IGN. (*Con cariño.*) Sí, señora; tengo motivos para estar enfadada con usted.

ARIA. Hable usted, por Dios, mamá, que estoy en brasas.

ª IGN. Hace algun tiempo que escondes á mis ojos algo que te preocupa mucho: por primera vez de tu vida tienes un secreto para tu madre.

ARIA. ¡Mamá de mi alma! ¿Yo secretos para usted? Sin duda que lo dice usted en broma.

ª IGN. No me chanceo. Registra, registra con cuidado todos los rinconcillos de tu corazon. ¿No encuentras algo que has querido que yo no vea?

ARIA. (*Con naturalidad.*) De veras que no caigo... Si hubiera sido dentro de unos dias, sí: pensaba pintar un cuadrito sin que usted lo supiese, y sorprender á usted el dia de su santo. Pero ahora no sé...

IGN. Vaya que si me pongo yo á buscarlo doy con él?

ARIA. Me hará usted mucho favor, porque tengo gran curiosidad. Tome usted las llaves de mi cómoda. (*Se las va á dar.*)

IGN. No, tampoco has confiado tu secreto á los cajones de tu cómoda: lo llevas siempre contigo, escondido en el pecho.

ARIA. ¿En el pecho?... ¿Es la medallita que me dieron el otro dia las monjas? Creí que ya la habia usted visto. Mírela usted. (*Va á sacarla.*)

D.ª IGN. Tampoco es eso. Más adentro, en lo íntimo del corazon escondes lo que yo digo.

MARIA. ¿En el corazon? (Con asombro.)

D.ª IGN. (Deja la calceta en el velador, se acerca á su hija y la coge la mano.) ¿En qué consiste si no que, siendo tan alegre y bulliciosa, muchas veces te encuentro séria y distraida, como si te preocupasen pensamientos melancólicos? ¿Por qué más de una vez caen paradas tus manos sobre la labor, y tu cabeza se inclina, y se quedan tus ojos fijos y parados, como si sus miradas se volviesen hácia dentro á contemplar lo que escondes en el alma? Al anochecer, cuando te acercas á ver por los cristales del balcon si llega tu padre, ¿qué buscan tus miradas en el cielo? ¿Qué se te ha perdido, ó qué piensas hallar en el azul sereno de la tarde? Y si mis ojos te sorprenden en alguno de esos momentos, ¿por qué se tiñen de rubor tus mejillas, y bajas la cabeza, y tus párpados se cierran muchas veces y muy de prisa, como si quisieran impedir que en tus miradas se escape lo que con tanto cariño guarda tu corazon? El otro dia, cuando atravesámos la Puerta del Sol, ¿qué viste, que tus ojos se cerraron temerosos, y se puso tu rostro como encendida amapola, y tus manos se cruzaron y comprimieron tu pecho, como si temiesen que el recio golpear de tu corazon descubriese el secreto que allí guardas? Y ahora ¿por qué bajas la cabeza? ¿por qué no te atreves á levantar los ojos? ¿por qué te pones tan colorada? Vamos, mírame frente á frente. ¿No me respondes? (Doña Ignacia hace todas estas preguntas despacio y con mucho cariño. María al principio la mira con asombro, porque no la entiende; luego con inquietud y sorpresa, porque va explicándose cosas de que hasta aquí no se ha dado cuenta; despues va bajando la cabeza llena de confusion y vergüenza.)

MARIA. (Poco á poco, como que va acabando de ver claro, y diciendo ingénuamente las ideas que van brotando en su alma.) Mamá... ¡es verdad! Aquí llevo su imágen constantemente, y sin notarlo, á todas horas estoy pensando en él. Siento un

afecto que no he sentido nunca: despierta, me anima y halaga no sé qué vaga esperanza de que á cada instante voy á verle; dormida, ni un momento dejo de ver su imágen entre sueños deliciosos. Ántes queria ser buena para agradar á Dios y á ustedes... (Muy bajito.) ahora tambien pienso en que á él le gustará que yo sea buena.—(Con sinceridad.) Pero, mamá de mi alma, usted sabe que no he mentido nunca; créame usted: ahora por vez primera caigo en la cuenta de lo que me sucede. (Con resoluciou y energía.) Si esto que siento es malo, si no debo pensar en él, dígamelo usted, mamá mia, y arrancaré su recuerdo de mi corazon.

D.ª IGN. (Con cariñosa sonrisa.) Mucho prometes, hija mia: ¿estás segura de que lo podrás cumplir?

MARIA. (Con energía y resolucion.) Sé, porque ahora lo veo, que esto en que hasta hoy no habia reparado, está arraigadísimo en mi corazon; pero sé tambien que soy libre, y que Dios ha de ayudarme si empleo mi libertad en su servicio. (Con curiosa ansiedad.) ¿Es malo este afecto, este cariño que llena mi alma?

D.ª IGN. No puede ser malo afecto que abrigue tu corazon; y el rubor que tiñe tus mejillas no brota sino de amor honesto y puro. Pero ¿quién es él? ¿Es digno de tí? ¿Cuándo le has conocido? ¿Le conozco yo?

MARIA. No sé quién es, ni cómo se llama: sólo de vista le conozco.

D.ª IGN. ¡Cómo! Sin conocerle te has enamorado? ¡Hija mia! ¿Y si no es un hombre de bien? ¿Si es indigno de tí?

MARIA. No, mamá: ni su gallarda figura, ni su rostro sereno y franco, ni sus miradas brillantes y ardientes, ni sus modales nobles y elegantes hubieran bastado á cautivar mi corazon. Más hermoso es el sol que llena de luz el dia; más bellas son el alba alegre y risueña, la tarde apacible y melancólica, y no inspiran á mi alma este afecto dulcísimo, este no sé qué inexplicable. Contadas veces le he visto, y apenas si se han fijado en él mis ojos, agobiados en cuanto le ven por el rubor y la ver-

güenza. Su alma cristiana y generosa, manifestándose en una accion heróica y sublime, me enamoró. ¿Se acuerda usted de aquella pobre mujer y aquellos pobres niños que estuvimos asistiendo en los últimos dias del cólera? ¿Se acuerda usted de aquel pobre anciano que en el cuarto de al lado se moria abandonado de todo el mundo? Nosotras no podiamos socorrerle sin desamparar á nuestros enfermos. Un jóven que llegó con otros á dejar una limosna, cedió á mis ruegos y cuidó del moribundo mientras los otros lograron encontrar una hermana de la Caridad que le asistiese.

D.ª IGN. ¿Aquel jóven?...

MARIA. (Con pasion, pero bajando la cabeza con rubor.) El héroe más famoso, despues de acabar la más insigne hazaña, no me hubiera parecido mejor que aquel hombre cuando me fué á decir que sus cuidados habian triunfado de la muerte.

D.ª IGN. Yo apenas le ví... no sé quién es. No debes entregar el alma á un hombre desconocido.

MARIA. Quien hace lo que él hizo ¿puede ser malo?

D.ª IGN. ¡Hija de mi corazon! ¿Qué malvado no ha hecho alguna buena accion en su vida? Y ademas: ¿sabes tú si él te ama?

MARIA. (Con arrebato.) Si me ama!... (Con tristeza.) No, no lo sé. (Ruborizándose.) Pero me atreveria á asegurarlo.

ESCENA III.

DICHAS, EDUARDO y D. RAFAEL.

EDUAR. (En la puerta del foro.) Entre usted, entre usted, que aquí están.

D.ª IGN. ¡Oh! Tu hermano con su amigo. ¡Qué impertinencia!

EDUAR. (Se acerca á su madre: síguele D. Rafael de fraque y guantes claros.) Buenas noches, mamá. (Le besa la mano.)

D. RAF. (Ap., con sonrisa burlona.) (Sistema antiguo.)

EDUAR. Tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo don

Rafael Baralda. (Á D. Rafael.) Mi madre.

MARIA. (Al ver á D. Rafael, con susto y sobresalto que no advierte Doña Ignacia, ocupada en saludar á D. Rafael. Ap.) (¡Cielos!)

D.ª IGN. (Deja la calceta y se incorpora.) Muy señor mio.

D. RAF. (Haciendo una profunda reverencia.) Señora...

EDUAR. (Dando con las manos en los hombros á su hermana por encima del respaldo.) Marujilla, felices. (Á D. Rafael.) Mi hermana.

D. RAF. Señorita...

MARIA. (Inclinándose, sin levantar los ojos de la labor, y con voz temblorosa y débil.) Caballero...

D. RAF. (Con alegría, ap.) (¡Se turba al verme!)

D.ª IGN. Siéntese usted. El sombrero... ¿Eduardo? (Ap.) (Yo conozco esta cara.)

D. RAF. (Sentándose, á Eduardo que le coge el sombrero.) Deje usted...

EDUAR. (Pone el sombrero en una silla, mirando á su hermana: ap.) (Hola, hola! Ya habia reparado en él. ¡Miren la muy cazurra; que parece que en su vida ha roto un plato! Y cualquiera que la viese en la calle, colorada como la grana y con los ojos fijos en el suelo, creeria que no ve sino las piedras que va pisando. ¡Gazmoña! Todas estas beatas son lo mismo!)

D.ª IGN. (Mirando á D. Rafael y en seguida á María: ap.) (¿Será?... Sí, no hay duda.)

D. RAF. (Mirando embelesado á María: ap.) (¡Qué hermosa está!)

MARIA. (Sigue trabajando: ap.) (Debo estar como la grana. ¡Qué saltos me da el corazon! Me estarán mirando... Siento en la cara el fuego de sus miradas. ¡Todos me lo van á conocer!)

EDUAR. (Arrellanándose en una butaca junto á la chimenea: coge las tenazas y arregla la lumbre: ap.) (Pues, señor, si yo no rompo el hielo, mi madre es capaz de estarse callada hasta la consumacion de los siglos. Basta que sea amigo mio y que le haya traido yo... Y cuando uno le carga, no hay cuidado de que lo disimule. ¡Es más diplomática!) El señor don Rafael tenia grandes deseos de tratar á ustedes. Venia hoy á que leyésemos unos papelotes, y he aprovechado la ocasion...

D. RAF. (Mirando á María.) En efecto, muchísimo lo deseaba. Conocia á ustedes de vista y de fama, y...

D.ª IGN. ¿Á nosotras? Es extraño. Apenas vamos á ninguna parte.

D. RAF. La virtud, como las violetas, se guarda humilde y modesta de las miradas de los hombres; mas su perfume trasciende, y la descubre á todo el mundo.

D.ª IGN. (Inclinándose, con seriedad.) Muchas gracias.

ESCENA IV.

DICHOS y D. MANUEL.

D. MAN. (Dentro, por el foro, á la izquierda.) ¿Están en el saloncito?

D.ª IGN. (Ap.) (Es la voz de don Manuel. ¿Á estas horas? ¿Qué ocurrirá?)

EDUAR. (Ap.) (Es don Manuel. ¡Buena la hemos hecho! ¡Y escogí esta hora porque él no suele venir!... Si creyera en el diablo, diria que el diablo lo hace.)

D. MAN. (Entra por el foro.) Muy buenas noches.

D. RAF. (Ap.) (¡Don Manuel!) (Contrariado, y sobrecogido.)

EDUAR. (Ap.) (Tendrá que ver la escena.)

D. MAN. (Saludando.) Señoras... (Con seriedad.) Adios, Eduardo. (Ve á D. Rafael. Ap.) (¡Dios mio! ¿Aquí este hombre?) (Quédase unos momentos mirándole con indignacion y sorpresa: D. Rafael, turbado y desconcertado, procura dominarse.)

D.ª IGN. ¿Cómo, usted por aquí á estas horas, don Manuel? ¡Ah! Me olvidaba... (Á D. Manuel.) El señor don Rafael Baralda. (Á D. Rafael.) Don Manuel Vidarte. Supongo que ya se conocen ustedes. (Á D. Manuel.) El señor tambien es diputado.

D. RAF. (Saludando á D. Manuel.) Beso á usted la mano.

D. MAN. (Mira de alto á bajo á D. Rafael, y no le saluda. Ap.) (¡Se necesita desvergüenza!...—Señor, dame un poco de calma, que ya me va faltando.) (Con tono natural, como si nada hubiera pasado.) ¿Ha salido Antonio?

D.ª IGN. (Mirando á D. Manuel, sorprendida de lo que ha observado.) Está en su despacho. (Ap.) (¿Qué es esto?)

D. RAF. (Ap.) (¡Delante de ella!... Si no mirara!... En saliendo de aquí he de abofetearle.)

EDUAR. (Rascándose la oreja.) (¡Bonita situacion!)

D.ª IGN. (Ap.) (Semejante grosería... Él, tan urbano y comedido...)

EDUAR. (Acércase al velador como por acaso, y abre un álbum que hay encima.) ¿No ha visto usted estos dibujos de mi hermana, don Rafael?

D. RAF. (Acercándose al velador, y mirando con airados ojos á D. Manuel. Ap.) (Yo le prometo que ha de acordarse de mí.)

MARIA. Por Dios, Eduardo. No valen nada.

D. RAF. (Procurando dominarse.) ¿Dibuja esta señorita? (Mira los dibujos que Eduardo le enseña.)

D. MAN. (Ap. á Doña Ignacia.) (Tengo que hablar con usted.

D.ª IGN. (Ap. á D. Manuel, con interés.) ¿Ocurre algo?

D. MAN. (Ap. á Doña Ignacia.) Y muy grave.

D.ª IGN. (Ap. á D. Manuel, levantándose sobresaltada.) ¿En lo de Eduardo?

D. MAN. (Ap. á Doña Ignacia.) Sí, señora: ya no hay más remedio que decírselo todo á Antonio.

D.ª IGN. (Ap. á D. Manuel.) ¿Cómo!

D. MAN. (Ap. á Doña Ignacia.) Vea usted esta carta del usurero.) (Se acercan á la chimenea, y Doña Ignacia leo una carta que le da D. Manuel: despues hablan bajo con mucho calor.)

D. RAF. Precioso dibujo.

MARIA. (Levantando los ojos, con alegría y vergüenza.) ¿De veras le gusta á usted?

D. RAF. No sé qué alabe más, si la correccion de las líneas ó la expresion. Dificilmente se haria más con el pincel.

EDUAR. (Ap., mirando de reojo hácia la chimenea.) (¿De qué hablarán? De don Rafael sin duda. ¡Pues bonito génio tiene mamá! En sabiendo que es el director de *La Carmañola*, capaz es... ¿Á mí quién me manda esperar á pié quieto la tormenta? Ya previne á don Rafael, y sin embargo se empeñó en que le trajese: allá se las componga! Dejándolos solos podrá insinuarse con María, y... Que procure echar raices en la casa, que falta le hace; ó á lo

ménos que aproveche la ocasion de entenderse con mi hermana.) Mientras usted ve esto, voy á preparar aquellos papeles.

MARIA. (Con inquietud.) ¿Te vas?

EDUAR. Vuelvo en seguida. (Ap.) (No se quejarán: un padre no haria más por sus hijos.—¡Ay, si don Rafael lograse ganar los corazones de mi madre y de mi hermana, y vencer la influencia que ese hipócrita tiene en mi familia! ¡Ay, si infundiese en esta casa el soplo vivificador de la civilizacion y del progreso, y estirpase de raiz y para siempre añejas y estúpidas preocupaciones!) (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos EDUARDO.

D. MAN. (Hablando aparte con Doña Ignacia.) (La estafa es manifiesta.

D.ª IGN. Pero el usurero vuelve á decir en esta carta, que si se le paga en seguida no entablará la accion criminal, y devolverá las escrituras de préstamo.

D. MAN. ¿Cómo pagarle suma tan crecida sin decírselo á Antonio?

D.ª IGN. ¿No me dijo usted ayer que sus amenazas de usted habian logrado lo que mis ruegos y mis lágrimas no pudieron en las entrañas del judío? ¿No me dijo usted que por fin habia consentido en que no se le diese más que la suma que en realidad prestó á Eduardo, con un interés módico, y que eso usted se lo podia dar? En esta carta no se vuelve atrás de ese pacto.

D. MAN. Cierto; pero...) (Siguen hablando bajo.)

D. RAF. (Deja el álbum donde estaba, da vuelta al velador, y con una mano apoyada en él, de pié, y vuelto de espaldas á la chimenea, mira extasiado á María. Ap.) (¡Es singular! Estoy agitado y trémulo... no acierto á hablar... Nunca mujer ninguna produjo en mí efecto semejante. ¡Tanto cómo he deseado esta ocasion, y cuando la fortuna me la ofrece!...

Esta tarde, delante de inmensa concurrencia, á la faz de España y de Europa, brotaban de mis labios raudales de palabras; y ahora, delante de una niña...)

MARIA. (Ap.) (¡Estoy sola con él!... Debia hablarle, y no me atrevo... ¡Creerá que soy una tonta!... ¡Pero si no sé que decirle!... Si me da tanta vergüenza!...) (Por fin Don Rafael se decide á hablarla, y María le contesta tímida y ruborosa: siguen hablando bajo.)

D.ª IGN. (Hablando aparte con D. Manuel.) (Venderé mis joyas, las de mi hija...

D. MAN. Con el valor de todas ellas no habrá para pagar los intereses de un año.

D.ª IGN. Tengo fincas, tengo tierras, mi dote...

D. MAN. ¿Cómo quiere usted disponer de nada sin que Antonio lo sepa? No hay más remedio que decírselo.

D.ª IGN. ¿Y cómo se le dice á un padre que su hijo ha negociado con su herencia; que ha calculado friamente los dias que le restan de vida, y adelantándose al tiempo con la imaginacion ¡y quizá con el deseo! ha contado las monedas de su caudal sobre la losa de su sepulcro! ¿Cómo se le dice á un hombre para quien el honor es una segunda religion, que su hijo ha deshonrado su nombre, que su hijo es un estafador miserable! ¡Le matará, y se morirá de pena!

D. MAN. Con ocultárselo se impide el remedio; mas no se evita que se entere. ¡Dentro de poco, mañana quizá se dictará auto de prision contra Eduardo, se hará público su delito!... ¡Oh!... Ya que Dios inspiró al usurero la buena idea de ir á mi bufete á consultar conmigo su negocio, ya que quiso Dios que descubriésemos el mal ántes de que fuese irremediable, no nos empeñemos ahora...

D.ª IGN. Si ayer mismo me decia usted que usted podia...) (Siguen hablando bajo.)

MARIA. (Hablando al otro lado con D. Rafael.) (¡Oh! No se canse usted en alabarlos. Yo sé que esos dibujos no valen nada; yo sé que Dios no me llama por ese camino. Dibujo, porque dibujando se pasa el tiempo tan agradablemente...

D. Raf. En efecto: yo tambien ocupo en eso los pocos ratos ociosos que tengo, y los paso sin sentir. Aunque á veces me impaciento y desespero viendo que soy impotente para trasmitir al lienzo ó al papel todo lo que siente mi corazon y concibe mi inteligencia. Ahora precisamente, estoy haciendo un cuadro... ¡Recuerdos deliciosos de una época horrible, que jamás se borrarán de mi corazon! Cuando el cólera diezmaba á Madrid, y no se veia sino luto y desolacion, ni se oia más que llanto y gemidos, en una humilde casita, en una guardilla miserable ví dos hermosos niños atacados de la terrible enfermedad...

Maria. (Con mucha alegría y mucho rubor, haciendo labor muy de prisa.) (¡Ah! ¡Se acuerda!)

D. Raf. Á su lado velaba por ellos una jóven hermosísima, una criatura celestial, un ángel en forma humana, que entre los horrores de la miseria, del dolor y de la muerte, resplandecia más hermosa, como el sol entre las rasgadas nubes de la tempestad! ¿Se acuerda usted, María? ¿Se acuerda usted?...

Maria. (Confusa y cortada, muy bajito.) ¿De... de aquella época?... ¡Fué tan terrible!... ¡No es para olvidada!

D. Raf. Á mí me parece la más dichosa de mi vida; porque entre tantas penas y dolores descubre mi memoria la imágen de aquella mujer, que abrasa mi corazon con fuego inextinguible, que llena de luz, de alegría y de esperanzas todas las horas de mi existencia!) (Sigue hablando bajo: María le oye al principio agitada y ruborosa, y hace labor muy de prisa; pero sus manos van quedándose paradas hasta caer inmóviles sobre la labor, ciérranse sus ojos, y deja caer la cabeza sobre el pecho, anonadada de amor, de rubor y de vergüenza.)

D.ª Ign. (Hablando aparte con D. Manuel.) (Luego esta carta no es más que un pretexto; otra es la causa...

D. Man. Pues bien, sí. ¿Por qué he de mentir? ¿Por qué he de parecer codicioso ni mal amigo? Con mis pobres ahorros basta para pagar lo que el usurero exige, y eso,

y más que tuviera, y toda mi sangre daria yo por evitar á Antonio este horrible disgusto. Pero dice la gente... La gente supone...

D.ª IGN. ¡Hable usted, por Dios!

D. MAN. Algunas cosas no hay modo de decirlas. Nos han visto á usted y á mí entrar de noche en casa del usurero...

D.ª IGN. Bien, ¿y qué?

D. MAN. Una mujer casada... un hombre que no es su marido... solos, á esas horas, en una casa de mala apariencia...

D.ª IGN. ¿Como!...

D. MAN. Malas lenguas...

D.ª IGN. (Con indignacion.) ¿Han osado suponer!... (Con desprecio.) ¡Miserables!

D. MAN. Si llega á noticia de Antonio...

D.ª IGN. (Con altivez.) ¿Imagina usted que mi marido puede dudar de mí!...

D. MAN. Pero las gentes...

D.ª IGN. (Con soberano desden.) ¿Qué me importa á mí lo que digan esas gentes?

D. MAN. Piense usted que...

D.ª IGN. (Recordando con espanto lo que ha pasado.) Sin embargo... su tristeza... su desvío... aquel marido de que me habló... ¡Cielo santo! ¿Qué horrible idea ha cruzado por su mente!... (Con resolucion.) ¡Oh, sí! Es preciso decírselo todo.

D. MAN. Eso aconseja la prudencia.

D.ª IGN. (Vacilando.) Pero... ¡si le matará! ¡Si se morirá de pena y de vergüenza!—No, no; que no lo sepa. Busquemos un medio...

D. MAN. No encuentro otro que decírselo, y encomendar á Dios el resultado.

D.ª IGN. Dejemos pasar la noche... Esta noche no puede enterarse... Así tendremos tiempo de pensar... Mañana, despues que haya usted pagado al usurero y todo esté arreglado, poco á poco, le iré preparando... ¡Decírselo de pronto seria darle una puñalada!) (Siguen hablando.)

MARIA. (Á D. Rafael: como volviendo en sí, y levantándose.) (¡Ah! Perdone usted... mamá se ha distraido... ¿Mamá? (Llamándola.)

D. RAF. (Levantándose y poniéndose delante de ella.) Déjela usted; está ocupada. ¡Ojalá que estos instantes fuesen eternos!) (Siguen hablando: María con la cabeza baja, agitada, y mostrando deseo de llamar la atencion de su madre.)

ESCENA VI.

DICHOS y D. ANTONIO.

D. ANT. (Entra con gaban y sombrero por el foro, ve á D. Manuel y se detiene en el umbral. Ap.) (¡Él aquí!)

D.ª IGN. (Ap. á D. Manuel) (¡Mi marido! Guarde usted esa carta. Luego veremos...)

D. ANT. (Ap.) (Ella le da un papel, y él lo guarda apresuradamente.) (Deja el sombrero en una silla y se va derecho hácia la chimenea.) Buenas noches, Manuel.

D. MAN. Hola, Antonio.

MARIA. (Que quiere zafarse de D. Rafael.) Mi padre...

D. RAF. (Ap., con arrebatada alegría.) (Ya no puedo dudarlo: me ama! ¿Qué mayor felicidad!...) (La mira embelesado: María, con los ojos bajos, espera trémula y agitada que su padre y su madre vengan á sacarla de la situacion en que está. Cuando el diálogo entre D. Antonio y D. Manuel se va animando, María quiere llamarles la atencion, y D. Rafael habla con ella haciendo como que no se entera de lo que pasa junto á la chimenea.)

D. ANT. Sin duda que tratabas algun negocio importante con Ignacia. Estabais tan entretenidos...

D.ª IGN. Conmigo?... No, ciertamente... Hablábamos...

D. ANT. (Ap.) (Se turba!)

D. MAN. (Id.) (Algo sospecha.)

D. ANT. ¿Ocurre algo? Ignacia te ha dado un papel, y tú lo has ocultado de mi vista...

D. MAN. (Riéndose.) ¿Sí, eh? ¡Buena vista tienes!

D. ANT. ¿Me quieres enseñar ese papél?

D. MAN. Tu mujer y yo traemos entre manos asuntos graves

cuyo secreto importa.

D. Ant. Cuando me ves agitado por el cuidado y el temor, no debias chancearte.

D. Man. Cuando ves que me chanceo, debias comprender que tu cuidado y tu temor son infundados.

Maria. No ha reparado... (Ap.) (¿Qué pasará?)

D. Raf. No importa...

D. Ant. Me convenceré cuando sepa qué papel es ese: enséñamele.

D. Man. (Mira dudoso á Doña Ignacia, que le hace señas suplicante.) No seas pesado. Te digo que...

D. Ant. Quiero ver ese papel.

D. Man. No haria más un niño.

D. Ant. (Con ira, cogiendo á D. Manuel de un brazo.) Te digo que he de verlo!

D. Man. ¡Antonio!

Maria. (Ap.) (¡Dios mio!) (Mirando con inquietud lo que pasa en la chimenea.)

D. Man. Repara á lo ménos que no estamos solos.

D. Ant. (Vuelve rápidamente los ojos hácia D. Rafael, que está de espaldas á él.) ¡Ah! No habia visto... ¡Silencio! Pero no te muevas de aquí; porque aunque sea preciso dar un escándalo, he de ver ese papel.

Maria. ¿Papá?...

D. Ant. (Se dirige á D. Rafael, y cuando le ve se queda como es consiguiente.) Perdone usted... ¿Eh! ¡Qué veo! ¡Este hombre en mi casa!...

D. Raf. (Atónito y espantado al ver á D. Antonio.) ¡Cómo! (Á María.) ¿Su padre de usted!...

Maria. (Sorprendida y alarmada.) Sí.

D.ª Ign. (Id., id.) ¿Qué?

D. Man. (Ap.) (¡Lo sabe todo! ¿Qué va á pasar aquí!)

D. Raf. (Id., con desesperacion.) (¡Funesta casualidad!)

D. Ant. (Sin salir de su asombro.) Pero... ¿Estoy soñando?... ¿Es usted?... ¡Usted en mi casa!... ¿Á qué ha venido usted? (Mirando á los demas.) ¿Quién le ha traido? (Cede el asombro á la cólera.) ¡Oh! Sin duda que ha sido Dios, para que

pueda castigar su maldad, ó el demonio para que acabe de perderme.

D. Raf. Caballero... Yo no sabia que usted era... He venido... Está usted en su casa; hay señoras delante: no me obligue usted á defenderme!

D. Ant. En mi casa, que usted ha infernado, delante de mi mujer y de este hombre, cuyo crímen ha hecho usted público, he de arrancarle á usted el corazon hecho pedazos! (Lánzase sobre D. Rafael: Doña Ignacia, María y D. Manuel se interponen.)

D.ª Ign. ¿Qué vas á hacer!...
D. Man. ¡Antonio!... } (Casi al mismo tiempo.)
Maria. ¡Papá de mi alma!...

D. Ant. (Á su mujer, con ira y amargura) Aparta, infiel, perjura, ingrata!

D.ª Ign. (Retrocediendo con fiera altivez.) ¿Qué dices!

D. Ant. (Á D. Manuel.) Quita, si no quieres que empiece por tí mi venganza, amigo desleal!

D. Man. Mira lo que dices, Antonio!

D. Ant. Déjame, María, ó atropellaré tambien tu debilidad y tu inocencia.

Maria. (Á su padre.) Por Dios, papá, sosiégate! (Á D. Rafael.) En nombre de lo que usted más ame, le ruego á usted que se vaya!

D. Raf. Señorita, su papá de usted me insulta sin motivo...

D. Ant. Sin motivo dice el canalla que le insulto! ¿No le ois que dice que no tengo motivo?... ¡Dejadme! ¡Le he de matar!

D.ª Ign. ¡Por la Vírgen Santísima, oye la voz de la razon, Antonio mio!

D. Man. Hombre, no te empeñes en ser tan miserable como él.

D. Ant. ¡Oh! Soltadme, y no irriteis más mi cólera con vuestras voces odiosas.

Maria. (Á D. Rafael.) ¡Por su madre de usted! ¡Por el recuerdo de aquel dia de que me hablaba usted hace poco! ¡Por Dios y por la Vírgen, váyase usted!

D. Raf. Señorita... (Todo esto ha de decirse y hacerse con grandísima

energía y muchísima rapidez.)

ESCENA VII.

DICHOS y EDUARDO.

EDUAR. (Por la puerta de la izquierda.) (Ap.) (Ya se armó la gorda!) ¿Qué voces son estas?

MARIA. ¡Ay, Eduardo! Ven á ayudarme: llévate á este caballero.

EDUAR. ¿Qué ha sucedido? Mi padre?... (Aproximándose y con sorpresa.)

D. ANT. ¡Dejadme! No hay razon ni derecho para impedirme que mate á ese hombre! Ha perdido á mi hijo! Ha deshonrado mis canas! Ese malvado es el director de *La Carmañola*!

D.ª IGN. ¡Oh! (Estaba deteniendo á su marido, y se estrecha contra su seno como buscando en él defensa, y mira con espanto á D. Rafael.)

MARIA. ¡Ah!!! (Lanza un grito horrible y se aparta de D. Rafael despavorida.)

D. RAF. (Desesperado.) ¡Oh!...

D. ANT. (Saca del bolsillo *La Carmañola* y se la enseña á su mujer.) Mira... La funcion á la Vírgen... el coche en que os metisteis... Esa mujer eres tú... Manuel es ese hombre... Todo el mundo conoce ya tu crímen y mi vergüenza!

EDUAR. (Con espanto.) ¿Qué!...

MARIA. (Con asombro.) ¿Cómo!...

D.ª IGN. (Con arrebato de indignacion, tirando el papel.) ¡Antonio! ¿Y la palabra de ese hombre te ha hecho dudar de mí!

MARIA. (Echándose en brazos de su madre.) ¡Oh, no, papá! ¡Imposible! ¡Mi madre es inocente!

D.ª IGN. ¡Hija de mi alma!....

EDUAR. (Ap.) (He calumniado á mi madre! ¡Qué horror!...) (Esconde con espanto la cara entre las manos.)

D. ANT. ¿Aún me negareis el derecho de matarle?

D. MAN. La paciencia de un santo no bastaria! Yo soy quién le ha de matar.

D. Ant. Los dos morireis á mis manos. (Uno á otro se detienen. María se desprende de brazos de su madre y se pone delante de ellos.)

Maria. Silencio! Un extraño! Andrés! (Andrés entra cantando por la puerta del foro. D. Antonio se queda inmóvil á la derecha; D. Manuel se acerca á la chimenea y se apoya en ella medio vuelto de espaldas á los demas; María permanece delante de su padre en actitud de contenerle y mirando hácia la puerta del foro; Doña Ignacia en segundo término, enjuga el llanto y quiere parecer tranquila. Á la izquierda D. Rafael procura ocultar su desesperacion; Eduardo, anonadado, no intenta disimular su espanto y su dolor.—Esta escena, como el final de la anterior, ha de hacerse rapidísimamente.)

ESCENA VIII.

DICHOS y ANDRÉS.

Andres. (Cantando á media voz.) Spirto gentil
di sogni miei...

Muy buenas noches. ¡Oh, señor don Rafael! Mil y mil enhorabuenas. ¡Qué discurso!...—Adios, Eduardito.—Señoras mias... (Tropieza con *La Carmañola* que tiró Doña Ignacia y la recoge.)—*La Carmañola*... Viernes...—¡Ajajá! ¿Han leido ustedes el artículo famoso? No se habla de otra cosa por Madrid. ¿Quién habia de decir que nuestro amigo don Manuel?... ¡Hipocriton!

D. Man. Oh!... (Reprimiéndose á duras penas.)

Andres. (Á D. Rafael.) Hombre, ¿querrá usted creerlo?—Ya se ve! preocupado con su discurso de usted, que es el suceso del dia...—¿Querrá usted creer que yo, que todo lo huelo y todo lo sé, aun no he podido averiguar quién es la querida de don Manuel?

D. Ant. Ah!... (Contiénele María.)

Eduar. (Ap. á Andrés, con energía.) (¡Silencio!)

Andres. ¿Silencio? ¿Por qué, si ya nadie lo ignora? (Dando palmaditas á Eduardo en el hombro.) Y ya, gracias á mí, sabe todo

el mundo el nombre del novel escritor que tan gallarda muestra ha dado de su talento.

EDUAR. (Ap. á Andrés, con ansiedad y rabia.) (¡Cállese usted!)

MARIA. Pero... ¿no es de... ese caballero el artículo?

D. RAF. (Ap.) (¡Qué duro trance!) Sí, señorita, es mio: Andrés no sabe lo que se dice.

ANDRES. (Picado.) ¿Cómo que no sé lo que me digo? ¡Pues hombre! Mire usted, en otras cosas sabrá usted más que yo; pero en punto á noticias... ¿Negarán ustedes que esta mañana, en la redaccion, me han dicho ustedes mismos que el artículo es de?...

EDUAR. (Ap. á Andrés.) (¡Calle usted!)

D. ANT. (Adelantándose, á pesar de María.) ¡Hable usted!

ANDRES. (Repitiendo.) Calle usted! Hable usted! ¿Cómo he de hacer las dos cosas á un tiempo?

D. RAF. No sea usted temerario: el artículo es mio!

ANDRES. Don Rafael, yo no tengo la culpa de que el artículo haya hecho más ruido que su discurso de usted. El artículo es de Eduardo.

D.ª IGN. ¡Ah!...

MARIA. ¡Oh!...

D. ANT. ¡Eduardo!...

EDUAR. ¡Triste de mí!...

D. MAN. (Á Andrés.) ¿Qué ha hecho usted, hombre?

ANDRES. (Sorprendido.) ¡Ah! (Bajo á Eduardo.) (No le habia visto... Pero no tenga usted cuidado: estos no se desafian.)

D.ª IGN. ¡Calumniada por mi hijo!

MARIA. (Á su padre, saliendo del estupor en que quedó al oir el nombre de su hijo, y quiere ir hácia él.) ¿Qué vas á hacer?...

D. ANT. Deja que matándole repare el crímen de haberle engendrado!

EDUAR. ¡Soy un miserable! ¡Madre mia, padre mio, perdon! (Cae de rodillas en medio del escenario.)

D. ANT. Ni en el cielo ni en la tierra hay perdon para el hijo que infama á su madre! Nunca tus labios vuelvan á pronunciar ese nombre bendito! Jamás vuelvan á hollar tus piés este hogar que has deshonrado! Huye de aquí para

siempre, miserable! ¡La maldicion de Dios caiga sobre tu cabeza!... (Todos lanzan un grito, cada cual con la expresion de su situacion respectiva. D. Antonio está á la derecha, con los brazos tendidos hácia su hijo: delante de él Doña Ignacia, María y D. Manuel, que han escuchado con ansiedad sus palabras, y al oir la maldicion doblan la cabeza aterrados: Eduardo, de rodillas en medio del escenario, espantado de lo que oye: D. Rafael á la izquierda oye tambien con estupor: Andrés en último término, lleno de asombro, con la boca abierta y «*La Carmañola* en la mano.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Despacho de Eduardo, amueblado con lujo.—Puerta á la derecha del espectador, y otra en el foro.—Á la izquierda balcon que da á la calle; y en primer término mesa de despacho con papel y recado de escribir.—En la pared del foro panoplias con armas blancas y de fuego.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.

Está vestido de bata, escribiendo una carta. Al levantarse el telon tiene la pluma en una mano y la cabeza apoyada en la otra.

Cien veces he interrumpido esta carta. (Como quien recuerda de un sueño.) Acabemos. (Acaba de escribir la carta, y le pone sobre. Con acento sombrío, mirando la carta.) ¡Cuando llegue á manos de mi padre ya no existiré!... (Levántase con aire resuelto y decidido.) ¡Sí; no hay más remedio que morir! ¡Espántame la mirada de mi madre, que á todas partes me persigue!... ¡la maldicion de mi padre pesa como fuego sobre mi cabeza!... ¡Evocadas por la voz airada y tremenda de mi padre al maldecirme, cércanme sombrías y amenazadoras las imágenes de las mujeres que engañé, de los hombres que ultrajé, y fijan

en mí sus ojos de fuego, y tienden á mí los brazos, pidiéndome la honra y la paz que les robé!... ¡Oh!... (Déjase caer sobre un sofá, y esconde la cara entre las manos.)—Mañana quizá seria conducido á la cárcel por estafador, entre guardias, codo con codo!... Mi nombre rodaria infamado por periódicos y salones!... ¡Qué vergüenza! Despues, en presidio, con grillos en los piés y cadena á la cintura, á merced de un capataz que me insultaria y me golpearia impunemente!... ¡Qué horror! (Levántase otra vez.) ¡La muerte es preferible!...—¡Ay! Pero entónces ¿por qué tiembla mi mano, y se me eriza el cabello, y vacila mi corazon?... Espántame la vida, y la muerte me causa pavor... ¡Parece que ni la vida ni la muerte quieren acoger al hijo que calumnió á su madre!... (Con desesperacion.) ¡Pero si yo no la quise calumniar! ¡Si yo no cometí semejante crímen!... (Como disculpándose.) La fatalidad... (Con acento sombrío y reflexivo.) ¡La fatalidad!... ¿Y no será la mano de Dios cayendo sobre el mísero que le olvidó!... (Desespérase otra vez.) ¡Horrible duda! ¡Espantosa situacion la mia! ¡Oh! ¡Maldita sea, maldita una y mil veces la hora en que nací!... (Dirígese al cielo con tono de amarga queja.) ¡Dios eterno! Si es verdad que existes entre delicias infinitas; si es verdad que tu palabra creadora sacó de la nada cuanto es, y todo pende de tu voluntad soberana, dime: «¿en qué te ofendió ántes de nacer este miserable, para que le condenases á vivir una vida tan horrible?» Si ante tus ojos son los siglos venideros como el dia que pasó, y ántes de que yo fuese sabias lo que iba á ser: ¿por qué no me dejaste en la nada de donde me sacaste? (Con horrible sarcasmo.) «¿Es que en medio de tu gloria necesitabas recrearte en mi dolor para ser más feliz!...» (Con ira y amargura.) «¡Pudiste darme parte en tu felicidad; con una sola palabra pudiste hacerme bueno y dichoso. y no quisiste!...» ¡Bendígante los que contigo gozan en el cielo, y canten alabanzas en tu loor los que en la tierra viven esperando en tí: en mi corazon no hay sino

ódio inextinguible; mis labios no saben decir sino maldiciones!... (*Vuelve á caer abatido por la desesperacion en un butaca.*) Pero... si no soy yo el culpado, ¿por qué me agita y aterra el recuerdo de mis culpas? Si Dios tiene la culpa de lo que me sucede ¿por qué al recordar lo que he hecho tiemblo pensando en Dios?... ¡Yo nací para ser bueno; nadie me obligó á ser un malvado; lo fuí porque quise! Dios me llamó, y no le respondí; mi conciencia clamó contra mí, y con fiestas y placeres, con brillantes discursos y pomposas teorías ahogué los gritos de mi conciencia. ¡Yo tengo la culpa! ¿Por qué me quejo?... ¡Ay! ¡Cuán felices son los que creen! ¡Para ellos el dolor es amable, la vida carga ligera, la muerte puerta dichosa del cielo! ¡Aun en el fondo del pecado y del crímen no hay desesperacion para los que creen que Dios vertió su sangre por ellos, y al levantar los ojos al cielo ven á Jesús que desde la cruz los llama con los brazos abiertos! ¡Qué dichoso era yo cuando creia!... ¡Ay! ¡Dichosos los que creen! Y si lo que creen es mentira, ¡malditos los que tienen la crueldad de sacarles de tan hermoso error!...—(*Breve pausa, despues de la cual rompe en una estrepitosa carcajada.*) ¡Já, já, já! ¡Pobre razon humana, qué miserable eres! Delante de la tentacion te dejas engañar como una niña; despues del pecado te conviertes en solícito predicador. El instinto de conservacion me inspira estos pensamientos para detener mi brazo. ¡Delirios son de mi cabeza calenturienta; vanos fantasmas creados por el miedo de la muerte! El tiempo pasa; mis desdichas no tienen remedio: ¿á qué padecer más? Un momento de resolucion y todo habrá concluido, penas, remordimientos, todo! (*Acércase apresuradamente á una de las manoplias y toma una pistola.*) ¡Acabemos! (*Va á disparar sobre sí mismo; pero se detiene horrorizado.*) ¡Oh! ¿Se acabará todo con la muerte! ¿Y si me engaño! ¡Ay, que seria horrible huir de mis culpas y de mis penas, y al otro lado de la muerte, como quien recuerda de un sueño, encontrar otra vez mis culpas ante la justicia

eterna, y oir la sentencia irrevocable, y en vez de perpétuo descanso y sueño perpétuo, hallar penas infinitas, sin esperanza, sin fin!... (Con ansiedad y vehemencia.) ¡Dios mio! Yo he comerciado con la herencia de mi padre; yo he amancillado la honra de mi madre; yo he vendido tu sangre, y te he escarnecido, y te he crucificado! Pero si eres tan grande y tan bueno como mi madre me decia entre besos y caricias con que halagaba mi inocencia, apíadate de mí! Ya no te pido perdon: ¡para mí no hay perdon en el cielo ni en la tierra! ¡Señor, si existes y me oyes, vuélveme á la nada de que me sacaste! ¡Vale más no ser, que ser tan desgraciado! (Cae sobre una butaca, llorando y tapándose la cara con las manos.)

ESCENA II.

EDUARDO, D. RAFAEL y JUAN, de chaqueta.

D. RAF. (En el foro,) Necesito verle.

JUAN. Mire usted que no está de humor de ver á nadie. (Poniéndose delante.)

D. RAF. (Le da dinero.) Toma. Déjame.

JUAN. Me compromete usted.

D. RAF. (Apartándole.) Yo te disculparé. (Váse Juan, y entra D. Rafael.) ¿Eduardo?

EDUAR. (Levántase asustado y ocultando la pistola que aun conserva en la mano.) ¿Cómo!... ¿Quién!... ¡Don Rafael! ¿Usted en esta casa! ¡Ah! ¿Viene usted á gozarse en su obra?

D. RAF. Vengo á cumplir un deber sagrado. Ayer me exigió su padre de usted una reparacion pública. ¡Ojalá no me hubiera negado entónces! Se la debo de justicia, y quiero dársela.

EDUAR. ¡Ah, sí, es verdad! Es preciso desmentir la horrible calumnia; es preciso volver á mi madre la honra que le he quitado; es preciso que á nadie le quede sombra de duda.

D. RAF. Usted escribirá la retractacion tan ámplia y categórica como quiera.

EDUAR. ¡Sí, ahora mismo! (Va hácia la mesa y se detiene.) No; escríbala usted. Yo no tengo la cabeza para nada. Escríbala usted, pensando en que ha de leerla María; y que se publique hoy mismo.

D. RAF. Hoy mismo se publicará; y tal ha de ser que su padre de usted se dé por satisfecho.—No he venido sólo á eso. Eduardo: yo le arranqué á usted del seno y del amor de su familia, quebrantando los vínculos que más unen, los santos lazos de la fe y de la obediencia; yo puse entre usted y su familia el abismo insondable de las creencias, y fuí causa de que viviese usted en su hogar como planta exótica y ponzoñosa, de todos temido, alejado de todos; yo le dí á usted los datos necesarios y le animé á escribir ese malhadado artículo; por mi culpa se ve usted sin hogar, sin familia, quizá sin recursos. Véngase usted conmigo, Eduardo: mi hacienda y mi casa son de usted.

EDUAR. ¿Su casa de usted! Ántes iria al presidio que me amenaza.

D. RAF. (Resentido.) Cuando vengo á ofrecer á usted todo lo que tengo, todo lo que puedo dar, no merezco ser tratado de esa manera.

EDUAR. Pero con su casa de usted, y su hacienda, y su vida, ¿pagará usted el daño que me ha hecho?

D. RAF. Si en mi mano estuviera volver la paz y la felicidad á su familia de usted, mi hacienda y mi vida me parecerian poco para conseguirlo.

EDUAR. Y tanta solicitud ¿es cariño hácia mí, es arrepentimiento, ó es que se ase usted al último lazo que puede acercarle á mi hermana? Si es eso, se engaña usted: ahora mismo saldré de esta casa para no volver jamás.

D. RAF. No sé si mi arrepentimiento nace del amor que tengo á su hermana de usted ó de otra causa. Pero por la memoria de mi madre le juro á usted á que á cualquier precio quisiera volver á ustedes la paz y la dicha! Discurra usted medios, invente usted sacrificios, por gran-

des que sean, y verá usted si deseo reparar el daño que he hecho.

EDUAR. ¿Medios? ¡No hay ninguno! ¿Sacrificios? ¡Todos serian inútiles!—¡Ay, don Rafael! ¡Ay, amigo mio! ¡Soy un miserable, soy un cobarde, soy muy desgraciado! Abandóname el valor cuando más falta me hace, y se despiertan en mi corazon las rancias preocupaciones que dormian cuando hubieran podido detenerme en el camino del mal, y que ahora no me dejan poner remedio á mi dolor! (*Con ansia de convencerse.*) ¿Verdad que en todo lo que ha sucedido no hay nada de maravilloso ní de extraordinario? ¿Verdad que todo ha sido obra de la casualidad?

D. RAF. ¡Ay, Eduardo! Si la Providencia no existe, esta vez la casualidad se le parece mucho.

EDUAR. ¡Oh! ¡No me diga usted eso! Usted es más fuerte que yo, usted sabe más que yo: ayúdeme usted á disipar estas vanas fantasmas que me espantan! Usted arrancó de mi corazon el freno que me detenia en el camino del crímen: acabe usted su obra! ¡Sáqueme usted de esta horrible duda en que estoy, que ahoga la voz del arrepentimiento y detiene el brazo de la desesperacion; que no se decide á implorar perdon de la misericordia infinita, ni se atreve á buscar descanso en la muerte!...

D. RAF. (*Acércase asustado á Eduardo.*) ¡Cómo! ¿Ha pensado usted?... (*Repara en la pistola.*) ¿Esa pistola?... ¿Qué iba usted á hacer, desgraciado!

EDUAR. (*Con amargura.*) ¿Qué otro remedio me queda?

D. RAF. ¿Seria usted capaz de condenar á su familia?...

EDUAR. La pena de mi muerte servirá de consuelo al dolor y la vergüenza que le causaron mis crímenes.

D. RAF. ¡Desventurado! ¿Y si es verdad lo que tantos creen? ¿Qué conseguirá usted con matar su cuerpo, si no puede usted matar su alma?

EDUAR. ¡Cómo! ¿Tambien usted duda? ¡Vacila usted tambien!... ¿Y aquella seguridad con que lo negaba usted todo? ¿Y

aquel desprecio y aquellas burlas?...

D. Raf. Ocupados en abrirnos paso para lucir y gozar, pensamos poco en eso. Negamos la verdad porque no deja que luzca nuestra ignorancia; nos reimos de la moral porque nos estorba para medrar y gozar. Pero... ¡quién sabe!... Lo que acaba de sucedernos...

Eduar. ¡Oh! ¡Esto es horrible! Pues si no estaba usted seguro de que eran falsas, ¿por qué me arrebató usted mis creencias? ¿Y he de creer en la justicia de Dios, cuando veo que existe impune tanta maldad?—Si usted es tan pacato y pobre hombre que á la primer contradiccion vacila y duda; si el amor le hace á usted juguete de las preocupaciones de una mujer, en mí las penas y los dolores no hacen mella. ¿Puede usted dar remedio á mi desdicha? ¿Puede usted á lo ménos volverme la fe que hace amable el dolor y da esperanza al arrepentimiento? Pues entónces, déjeme usted buscar el único remedio que me queda.

D. Raf. Eduardo...

Eduar. Déjeme usted, y no me obligue á cometer un crímen más. Que entre todas las penas que pesan sobre mi alma, ninguna me aflige tanto como no poder hacerle á usted tan desgraciado como yo soy.

D. Raf. ¡Piense usted en su familia, en su madre!

Eduar. Pensado lo tengo todo.

D. Raf. ¿Tendrá usted valor... aquí... á su vista?...

Eduar. (Ap.) (Es verdad. Seria muy cruel...)

D. Raf. Espere usted siquiera á que la razon serena y fria le aconseje.

Eduar. (Ap.) (Y este hombre no perdonará medio de impedirlo...) (Como serenándose y volviendo en sí.) Tiene usted razon. (Deja la pistola en su sitio.) Estaba acalorado: no sé qué hago ni qué digo.—He pasado aquí la noche con la condicion de que me iria en cuanto fuese de dia; aun tengo que vestirme y arreglar papeles.

D. Raf. (Mirándole receloso.) Eduardo...

Eduar. Puede usted irse descuidado. Ya estoy tranquilo. Adios.

(Se dan la mano: Eduardo se va por la puerta de la derecha: Don Rafael se dirige á la del foro mirándole, y ántes de llegar se detiene.)

ESCENA III.

D. RAFAEL, y luégo MARÍA.

D. RAF. Seria inútil insistir. ¿Qué autoridad han de tener mis palabras?... ¿Avisaré á sus padres?... Pero ¿cómo me presento?... ¿Cómo les digo que su hijo?... ¡Qué haré! ¡Oh! Buscaré á don Manuel: él mejor que nadie... Mas... ¿querrá?... ¡Necio de mí! Los malvados creemos que todos son como nosotros! Corro en su busca. (Va á salir y se detiene otra vez á la derecha, cerca de la puerta del foro, de manera que se pueda salir por ella sin verle hasta estar dentro de la escena.) ¡Ay! Anoche entré por vez primera en esta casa, lleno de alegres esperanzas; ahora salgo de ella por última vez con horrible desconsuelo!... Aquí dejo para siempre lo único que de veras amo en el mundo!... Tal vez odiado! Despreciado tal vez!... Si yo pudiera hablarla; si me quisiera oir!... ¡Ay! Envidia tengo de estas alfombras que huellan sus piés; de estos techos que la cubren; del aire que respira; de la luz que ilumina su hermosura!...

MARIA. (Entra por el foro, sin ver á D. Rafael.) ¿Eduardo?

D. RAF. (Entre la puerta y María.) Ah!...

MARIA. Oh! ¡Usted aquí! ¡Qué osadía! (Huye asustada hácia el proscenio izquierda del espectador.)

D. RAF. (La sigue, y se coloca entre ella y ambas puertas, de modo que le corta toda retirada.) María, por piedad, no huya usted de mí, oígame usted!

MARIA. Déjeme usted pasar ó daré voces. ¡Oh! Esta es mayor infamia que todas las pasadas!

D. RAF. Un momento! Una sola palabra!

MARIA. Eduardo! Juan! ¿No me oye nadie!

D. RAF. ¡Ah, silencio! Sólo Eduardo sabe que estoy aquí... Si la

oyesen á usted... (*Acércase á ella al decirla que calle, mirando con sobresalto á las puertas.*)

MARIA. (*Retrocede asustada.*) No me toque usted! Las manos del calumniador manchan todo lo que tocan!

D. RAF. No fuí yo el autor de la calumnia!

MARIA. Váyase usted de aquí: el aliento del impío envenena la atmósfera que respira! Apártese usted de mí: me da usted miedo!

D. RAF. (*Impaciente y desesperado, pero suplicante.*) María, repare usted que no soy un ladron ni un asesino!

MARIA. El ladron roba la hacienda y el asesino quita la vida: ¿qué vale la vida ni qué importa la hacienda? Yo no temo á los ladrones ni á los asesinos: ¡danme miedo los que roban la honra; cáusanme espanto los que quitan la fe y matan las almas!

D. RAF. Mire usted que ya no soy el que era! Sus miradas de usted han sido rayos de luz que han bajado del cielo á mi corazon! Mire usted que la amo á usted con toda m alma!...

MARIA. ¡Amarme usted! ¡Oh! Cállese usted: no me insulte usted diciéndome que me ama! Si imagina usted que todo se acaba en los límites de la vida; si no cree usted que dentro de mí hay un alma inmortal... ¿qué ama usted en mí? Ama usted este montoncillo de barro; ama usted este cuerecillo blanco que le cubre; me ama usted como un niño el juguete que le divierte; como se tiene cariño á un perro hermoso ó á un caballo de buena raza; como se quieren las fieras en los bosques! Oh! No vuelva usted á decir que me ama, que en sus labios de usted es insulto cruel! Yo no quiero consentir que me muestre amor el que en mí no ve más que un monton de tierra; quien no sepa estimar mi alma como á imágen que es de Dios; quien no sepa amarme con el amor que Dios bendice y los ángeles protegen, que traspasa los límites del mundo, y salva los términos de la vida, y se extiende por toda la eternidad!...

D. RAF. Oh, sí! Con ese amor la amo yo á usted; así la amé á

usted desde que la ví; así la amaré á usted siempre!

MARIA. No, mentira; usted no puede amarme así. Apártese usted.

D. RAF. María, por compasion!

MARIA. Déjeme usted! Váyase usted! Mire usted que á nadie odié en mi vida, y me parecia que era imposible odiar; pero ahora tengo que pedir á Dios auxilio y favor grandísimos para no odiarle á usted tanto como le amé!

D. RAF. Ah! usted me amaba!...

MARIA. Oh, no! Qué he dicho yo, Dios mio! Yo no le he amado á usted nunca! Eduardo! Eduardo! (Llamándole.)

D. RAF. Un momento no más...

MARIA. No! ¡Déjeme usted! Eduardo!... (Desvíale con la mano, y va hácia la puerta de la derecha, á tiempo que sale Eduardo con gaban y sombrero.)

ESCENA IV.

DICHOS y EDUARDO.

EDUAR. ¿Qué es esto?... ¿No se habia usted marchado?... Ah! (Acercándose á D. Rafael, sobresaltado.) Le ha dicho usted?...

D. RAF. Nada le he dicho.

EDUAR. (Más tranquilo, pero mirándole con severidad y enojo.) Entónces ¿qué significa?... (Á María.) ¿Ha osado ofenderte?

MARIA. No. Intentaba disculparse... Yo no debia estar sola con él.

D. RAF. Ofenderla! En la deshecha borrasca que turba y agita mi corazon, me seria imposible decir si es más grande el amor ó el respeto que siento por su hermana de usted.

MARIA. Basta ya. Salga usted. (Con imperio, sin mirarle y señalándole la puerta.)

D. RAF. (Con grandísima pena.) ¡Oh!... (Dominándose: ap.) (Va á salir. Ya habia olvidado... Corramos.) (Váse apresuradamente por el foro.)

ESCENA V.

MARÍA y EDUARDO.

EDUAR. (*Asomándose á la puerta del foro para ver salir á D. Rafael.*) Hay que averiguar cómo ha entrado ese hombre; es preciso evitar que suceda otra vez. (*Vuelve al lado de su hermana.*) ¡Pobre María! ¡Cuántos golpes, y qué duros, está recibiendo tu corazon!

MARIA. No es esta ocasion de hablar de mí, sino de tí, hermano mio. ¡Qué cara tienes! ¡Pareces un cadáver!

EDUAR. (*Con amarga sonrisa.*) ¿Querias que tuviesen la misma cara el vicio triunfante, y el vicio á las puertas de la muerte?

MARIA. ¿De la muerte? ¿Te sientes malo? ¿Qué tienes?

EDUAR. Duéleme el alma con tan horrible dolor que al fin me matará. ¡Ah, qué hermosa es la inocencia! ¡Ah, qué feliz es la virtud! ¡Qué horrible el crímen! ¡Qué triste la incredulidad!

MARIA. Ese dolor que sientes es la mano de Dios misericordioso, que llama á tu conciencia dormida.

EDUAR. ¡Ay, María! Si esta es su mano... es muy dura la mano de Dios misericordioso!

MARIA. Eduardo! Si te llamó una vez, y no le quisiste oir! si cien veces volvió á llamarte, y tampoco le respondiste! ¿Te quejas de que su misericordia infinita quiera todavía librarte del rigor de su infinita justicia? ¡Ay, hermano mio! Respóndele ántes de que el dolor pasajero con que te llama se torne en pena eterna con que te castigue!

EDUAR. (*Quiere mudar de conversacion.*) Sí, tienes razon, y he de pensar en eso: ahora... Adios!... Si papá me viese...

MARIA. (*Con inquietud.*) En cuanto amaneció salió á la calle y no ha vuelto. No sé adónde iria...

EDUAR. Ántes que vuelva quiero marcharme: me espanta la idea de verle otra vez airado contra mí...

MARIA. ¡Cómo estaba ayer! Un triunfo me costó lograr que hiciese la vista gorda y te dejase pasar aquí la noche. Luégo se encerró en su despacho, y aun á mí no me permitió que entrase. Mamá por otro lado, llorando sin consuelo... ¡Qué noche!

EDUAR. Con mi ausencia volverá la paz á esta casa.

MARIA. Pero ¿adónde vas? ¿Qué vas á hacer? No tendrás recursos...—Mira, si tú quisieras... De lo que papá me da para mis gastillos, guardo la mayor parte para los pobres. Hay tantos! Y luégo, yo no voy á ninguna parte ni necesito de baratijas... Poco es; pero con eso y algunas alhajillas que á mí no me hacen falta, puedes ir pasando mientras papá se ablanda ó Dios te abre camino. ¿Quieres que vaya?... Ya tengo hechos dos lios: son pequeños y puedes guardarlos en el bolsillo del gaban.

EDUAR. (Enternecido.) ¡Ah, María! ¡Qué consuelo tan grande me da ver que todavía hay en el mundo quien me quiere!

MARIA. ¡Tonto! ¿Pues por quién crees que están llorando papá y mamá? Conque voy... (Hace ademan de irse.)

EDUAR. (La detiene.) No: guarda ese dinero para tus pobres; guarda esas alhajas. ¿Qué te diria mamá cuando echase de ver?...

MARIA. Con mamá yo me entenderé despues. (Hace otra vez ademan de irse, y su hermano la detiene otra vez.)

EDUAR. De veras que no necesito nada. Llevo algun dinero... y tengo un proyecto...

MARIA. ¿Un proyecto? ¿Cuál?

EDUAR. Toma. (Le da la carta que escribió al comenzarse el acto.) Dentro de una hora dásela á papá: ántes no. Ahí le digo lo que pienso hacer; ahí le explico todo lo que ha pasado como mamá te lo dijo y tú me lo contaste. Pienso que esta carta conmoverá su corazon, y que mamá quedará completamente sincerada. ¡Ojalá que yéndome yo renazca la alegría que yo espanté de aquí! Adios, adios.

MARIA. Un momento, Eduardo. Ya que dinero no, á lo ménos has de tomar una cosa que quiero darte.

EDUAR. ¿Qué cosa?

MARIA. No te rias... Tú no crees; pero por darme gusto has de hacer lo que yo te pida: llevar siempre contigo esta medallita de la Vírgen. Mamá me la puso al cuello cuando estuve enferma; los médicos me habian desahuciado, y la Vírgen me sanó. La Vírgen velará por tí, y volverá la salud á tu alma! (Con pena, viendo que Eduardo se sonrie.) ¿Te ries?

EDUAR. Perdóname, María: cuesta trabajo creer que una cosa tan pequeña tenga virtud tan soberana.

MARIA. Pero ¿qué trabajo te cuesta llevarla como un recuerdo mio? ¡Quién sabe! El corazon me dice que pronto has de conocer lo que puede la intercesion de la Vírgen. (Se la quiere poner al cuello, y Eduardo la aparta con temor.)

EDUAR. Otra cosa me puedes dar para recuerdo... ¡Pero la imágen de la Vírgen! ¿No ves que es una profanacion ponerla sobre el pecho del malvado?

MARIA. ¡Oh! ¡No temas eso! ¡La Vírgen es madre de Dios; pero tambien es madre de los pecadores! (Le pone al cuello la medalla, y él la oculta en el pecho.)

EDUAR. (Ap.) (Si no me voy acabará por quitarme el valor que me queda.)

MARIA. (Mirando al cielo.) ¡Que no te abandone nunca!

EDUAR. ¡María, adios! (Se abrazan.)

MARIA. ¡Eduardo, acuérdate de mí! ¡Piensa que yo quedo aquí procurando que vuelvas pronto! ¡Ayúdame tú siendo bueno!

EDUAR. ¡Hermana mia! (Despréndese de sus brazos, la estrecha una mano y se la besa.) ¡Adios!... (Se dirige á la puerta.)

MARIA. ¡Eduardo!...

EDUAR. ¡Madre mia!... ¡Padre de mi alma!... ¡Adios para siempre!... (Reponiéndose, con acento resuelto y sombrío. Ap.) (¡Oh, sí! Para siempre!) (Váse por el foro.)

MARIA. ¡Vírgen Santísima, ampárale! (Oculta la cara en un pañuelo con que se enjuga el llanto. Despues de breve pausa, dirigiéndose al balcon.) ¡Me ahogo! ¡Necesito aire! (Otra pequeña pausa.) Allí va. ¡Adios! (Agitando el pañuelo.)

ESCENA VI.

D. ANTONIO y MARÍA.

D. ANT. (Entra por el foro con gaban y sombrero y se detiene dudoso.) Se fué tu hermano?

MARIA. Sí, señor; ahora mismo. (Quítase del balcon y se sienta llorando en una butaca.)

D. ANT. (Deja el sombrero en una silla, y va á sentarse en otra butaca.) Estaba yo en mi despacho, y me pareció oir que salia.

MARIA. Pasado iba de pena! (Llora.)

D. ANT. (Con interés, que en vano quiere disimular.) ¿Y adónde va? ¿Qué piensa hacer?

MARIA. No lo sé... quizá él mismo no lo sabe... Tal vez á acabar de perderse!

D. ANT. Oh! (Quédase unos momentos pensativo.) Pero... ¿cómo piensa vivir? ¿Tiene?. .

MARIA. Mamá me encargó que le diese dinero como cosa mia; le ofrecí ademas algunas alhajillas, y me dijo que no necesitaba nada.

D. ANT. (Con emocion.) ¿Tu madre ha cuidado?... ¡Bribon! (Saca el pañuelo y se lo pone sobre los ojos.)

MARIA. (Ap.) (¡Llora!) Si yo acertara... (Repara que su padre tiene las rodillas manchadas de polvo.) (¡Ah!) (Se levanta, se acerca á su padre y le acaricia.) ¿Papá?

D. ANT. ¿Qué, hija mia?

MARIA. Está usted llorando.

D. AMT. Sí, pero es de enojo... de ira!

MARIA. Si imaginára que mi papá puede mentir, diria que me está usted engañando.

D. ANT. ¿Por qué?

MARIA. Porque viene usted de hablar con quien no deja en el corazon resto de ira ni de enojo. Ha estado usted en la Iglesia.

D. ANT. ¿Quién te ha dicho?...

MARIA. No es difícil adivinarlo. (Señalando y limpiándole las manchas de la rodilla.) ¿Por qué ha de negarlo usted? Al arrebato de la pasion sucedió la calma; recobró la razon su imperio, y fué usted á pedir luz y consejo al que podia dárselos. Anoche estaba usted tan enfadado que no queria usted oir á nadie. Acaso si hubiera usted oido á Eduardo, si hubiera usted querido escuchar á mamá y á don Manuel, no habria sucedido lo que ha sucedido. (Con vehemencia.) Porque, papá mio: la culpa de Eduardo no es tan grande como usted cree! Papá de mi vida: mamá es inocente!

D. ANT. No defiendas á tu hermano!

MARIA. Culpa muy grande es la calumnia; pero Eduardo no sabia que era mamá!...

D. ANT. Te digo que...

MARIA. Y mamá es inocente!

D. ANT. (Levántase bruscamente.) Digo que basta. De tu hermano no se ha de volver á hablar: para nosotros ha muerto. En cuanto á tu madre, no sé lo que yo diria en un momento de ofuscacion; pero es claro que creo que es inocente, es claro que no tengo pruebas de su culpa, puesto que vive aún.

MARIA. (Ap.) (¡Duda todavía!) (Llora amargamente.)

D. ANT. (Ap.) (¡Pruebas! ¿Necesito más de lo que he visto!... Y sin embargo...) (Ve que su hija llora, y se acerca á ella.) ¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡Pobre hija mia! Cierto que no merecias tantas penas...

MARIA. ¡No lloro mis penas, ni mi suerte me aflige: partéseme el alma de ver que usted ha podido dudar de mi madre!

D. ANT. ¡Ah!... (Breve pausa. D. Antonio se pasea agitado.)

MARIA. (Enjúgase el llanto y procura dominar su afliccion.) Tome usted esa carta. Quizá en ella... (Le da la carta de Eduardo.)

D. ANT. (Mirando el sobre.) ¿De tu hermano? (La abre y lee.) «Padre mio: esta carta es mi última despedida; bien puedo decir que la escribo sobre la losa de mi sepulcro.» ¿Qué!

MARIA. ¿Cómo!

D. ANT. (Lee para sí, y habla conforme va leyendo.) ¡Qué veo! ¿Esto más! ¡Una estafa! (Deja de leer.) ¡Infame! Si al fin ha de quitarme la vida, ¿no seria ménos cruel que de una vez me matase? ¡Y querias que le perdonara!...

MARIA. ¡Siga usted, por Dios!

D. ANT. (Vuelve á leer para sí.) ¡Oh! ¿Será posible? (Leyendo alto.) «iban á salvarme de la deshonra... Uno los vió salir del Cármen, otro los vió entrar en aquella maldita casa, y yo, sin saber que era mi madre...»—Todo me lo explico. ¡Infame! Él los calumniaba, miéntras ellos... (Leyendo.) «Si aun duda usted, don Manuel tiene cartas del usurero...:» ¡Qué he de dudar! ¡Ignacia es inocente! (Llamándola.) ¡Ignacia! ¡Ignacia mia!

MARIA. (Echáse al cuello de su padre, y le abraza y le besa, llorando de alegría.) ¡Oh! (Llamando.) ¡Mamá de mi alma! (Se dirigen á la puerta, donde aparece Doña Ignacia, que se detiene sorprendida y mira á su marido y á su hija como preguntándoles qué pasa y por qué la llaman.)

ESCENA VII.

DICHOS y DOÑA IGNACIA.

D. ANT. ¡Perdon, perdon! (Abrázanse marido y mujer.)

MARIA. ¡Gracias, Dios de bondad!

D. ANT. Todo lo sé: conozco toda la maldad de mi hijo, mi ceguedad, tu inocencia... ¡Perdóname, Ignacia de mi corazon!

D.ª IGN. (Llorando.) ¡Cuánto me has hecho padecer, Antonio!

D. ANT. Culpa muy grande fué dudar de tí, vida de mi vida; pero te juro que la pena no fué menor que la culpa.

D.ª IGN. Ovidemos eso. ¿Eduardo?...

D. ANT. (Con resolucion y enojo.) No me hables de él. Haz cuenta que nunca hemos tenido tal hijo.

MARIA. Pero esa carta... No la acabó usted de leer... Empezaba diciendo...

D. ANT. No quiero leerla. (La tira y María la recoge.) Quiero olvidar que semejante monstruo existe en el mundo.

MARIA. (Está leyendo la carta y da un grito.) ¡Ah!

D.ª IGN. (Asustada.) ¿Qué nueva desdicha?...

MARIA. ¡La más horrible de todas! Oigan ustedes. (Lee.) «Con sangre vertida en desafío se lavan las manchas del honor: mejor se levarán con sangre del culpado vertida por mano propia. Cuando llegue esta carta á manos de usted ya no existiré.»

D.ª IGN. ¡Oh! (Al mismo tiempo: grito de espanto.)

D. ANT. ¡Ah!

D.ª IGN. ¡Mi hijo suicida!

D. ANT. (Con inmenso dolor.) ¡Señor, Señor! ¡Mira que ya no puedo más!

MARIA. ¡Hermano de mi alma!

D.ª IGN. ¡Ay, Antonio! ¡Nuestro hijo no nos queria! Corramos... No perdamos tiempo...

MARIA. ¿Á dónde quiere usted ir, si no sabemos por dónde fué!...

D. ANT. ¡Aunque supiésemos dónde está llegariamos tarde!

D.ª IGN. ¡Pero algo hemos de hacer! (Llamando.) ¡Juan, Tomás, Francisco! (Tira fuertemente de una campanilla.) ¡Registraré las entrañas de la tierra!

D. ANT. ¡Será inútil!

MARIA. ¡Vírgen Santísima, ampárale!

D.ª IGN. (Á Juan, que sale por el foro, y en oyendo el recado que le da su ama se va corriendo.) Baja á la calle, pregunta al portero, en las tiendas, averigua por dónde se fué el señorito. ¡Corre! (Á su hija.) ¿No hablaste tú con él? ¿No te dió algun indicio?... ¡Recuerda!

MARIA. ¡No, mamá mia! (Agitada y llorosa mira por el balcon.)

D.ª IGN. ¡Y pensar que si supiéramos donde está quizá seria tiempo todavía! (Va del balcon á la puerta.)

D. ANT. ¡Horrible impotencia! (Déjase caer en una butaca, cerca de la mesa, con los codos en ella y la cabeza en las manos.)

D.ª IGN. ¡Quizá en este momento cae envuelto en su sangre!... ¡Qué horror! ¡Y no estoy yo á su lado para recoger su último suspiro!

MARIA. ¡No vuelve Juan!

D. ANT. ¡Yo tengo la culpa de todo!

D.ª IGN. ¡Quizá ahora mismo comparece ante el Supremo Juez!... ¡Oh! ¡Separados para siempre! ¡Condenado á eterno dolor!... ¡No, no, Dios mio! ¡Tú no lo consentirás!...

ESCENA VIII.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRES. (Por el foro: ap.) (La puerta de la calle está abierta, y nadie me responde: aquí me cuelo.) ¡Oh, señores! (Ap.) (¡No me hacen caso!) Señor don Antonio, no me gusta ser portador de malas nuevas; pero la amistad lo exige. Eduardo...

D. ANT.
D.ª IGN.
MARIA. } ¿Qué? (Rodean á Andrés.)

ANDRES. (Ap.) (¡Qué efecto produzco en todas partes!)

D.ª IGN. ¡Hable usted!

ANDRES. Yo siento... pero ¿qué remedio?

D. ANT. ¡Vamos!

ANDRES. Anoche á última hora me dijeron que de hoy á mañana se iba á dictar auto de prision contra su hijo de usted.

D. ANT. ¡Oh!

D.ª IGN. ¡Á mayor pena se ha condenado y nos condena á nosotros! ¡Ha ido á matarse!

ANDRES. (Con susto.) ¡Qué bárbaro!—Pero si acabo de verle...

D.ª IGN. ¿Dónde?

D. ANT. ¿Cuándo?

ANDRES. En la calle de Alcalá, hace un cuarto de hora. Se estaba metiendo en un coche: me dijo que se iba de viaje, y no le quise decir...

D.ª IGN. ¿Y hácia dónde fué?

ANDRES. Presumo que á la estacion del Norte, porque le dijo al cochero:—á la puerta de San Vicente.—

D.ª IGN. ¡Oh! ¡Corramos!

D. ANT. ¡Sí!

MARIA. ¡Vamos! (Se dirigen á la puerta del foro.)

ANDRES. (Deteniéndolos.) Que van ustedes sin mantillas. (Á las mujeres.) Póngase usted un sombrero. (Á D. Antonio.)

D.ª IGN. (Desviándole.) ¡Oh!

D. ANT. ¡Aparte usted! (Le echa á un lado, van á salir, y aparece Don Manuel por la puerta del foro.)

ANDRES. ¡Ya ha tenido tiempo de matarse cien veces!

ESCENA IX.

DICHOS y D. MANUEL.

D. MAN. (Con seriedad, deteniéndolos.) ¿Á dónde van ustedes?

D.ª IGN. ¡No nos detenga usted!

D. ANT. Mi hijo...

MARIA. Eduardo...

D. MAN. Es inútil.

D. ANT. ¿Eh!...

MARIA. ¿Qué dice usted!...

D.ª IGN. ¿Es ya tarde!...

D. MAN. Oigan ustedes. (Deja el sombrero, y bajan al proscenio.) ¿Te han dado una carta de Eduardo? (Á D. Antonio.)

D. ANT. ¡Sí; lo sé todo; perdóname!

D.ª IGN. ¡Pero mi hijo!...

D. MAN. No lo digo por eso. ¿Sabes ya que estafó á un prestamista?

D. ANT. ¡Sí; hoy ó mañana iban á llevarlo á la cárcel!

D.ª IGN. ¿Pero vive mi hijo?

MARIA. ¡Por Dios, hable usted!

D. MAN. No, eso no: he pagado la deuda, y aquí están las escrituras. (Las tira sobre la mesa.)

D. ANT. ¡Ah!... ¿Tú!... ¡Y yo he dudado de tí! (Le estrecha la mano y apoya la cabeza en su hombro, llorando.)

D.ª IGN. Pero ¿no tiene usted entrañas? ¡Mi hijo!...

D. MAN. Don Rafael supo esta mañana que trataba de suicidarse; me buscó para que lo impidiese; vinimos juntos; le vimos de léjos que entraba en un coche; tardamos en encontrar otro; le seguimos á larga distancia; cuando pasamos la puerta de San Vicente volvia ya vacío el co-

che que le habia llevado; averiguamos donde se habia quedado; fuímos, le llamamos, y... (D. Antonio, María y Doña Ignacia, le escuchan con ansiedad, y haciendo las exclamaciones naturales.)

D.ª IGN. ¡Siga usted!
D. ANT. ¡No te detengas! (Casi al mismo tiempo.)
MARIA. ¡Vamos!

D. MAN. ¿Para qué quieren ustedes saber lo demas?

MARIA. ¡Muerto!
D. ANT. ¡Oh! (Casi al mismo tiempo.)
D.ª IGN. ¡Dios soberano!

ANDRES. (Estremeciéndose. Ap.) (¡Qué daño se habrá hecho!)

D. MAN. Si viviera, tú no le perdonarias jamás el borron que iba á echar sobre tu nombre.

D. ANT. (Con tristísimo desconsuelo.) ¡Mi nombre y mi vida daria por arrancarle de los brazos de la muerte!

D. MAN. Ignacia no olvidaria nunca...

D.ª IGN. (Con acento desgarrador.) ¿Que yo no olvidaria?... ¡Ah! ¿No se acuerda usted ya de su madre?

MARIA. ¡El suicidio es el único crímen que no tiene perdon!

D. MAN. De modo que si viviese y su arrepentimiento fuese sincero...

D.ª IGN.
D. ANT. ¿Eh?...

MARIA. ¿Vive?

D. MAN. Cuando sintió en su cabeza el frio del cañon, y vió próxima la muerte, despertáronse en su alma las santas creencias de la niñez; oyó nuestras voces que le llamaban, y creyó que bajaban del cielo para salvarle; buscó en nosotros defensa contra sí mismo; Dios me inspiró palabras de redencion, y de sus ojos brotaron lágrimas de arrepentimiento! (Miéntras habla D. Manuel, D. Antonio, Doña Ignacia y María no cesan de hacer ansiosas exclamaciones.)

D.ª IGN. ¿Y vive!...

D. MAN. Sí, y está aquí. ¿Eduardo? (Llamándole.)

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

All ete.	S. Ruiz.
Alc á de Henares.	Z. Bermejo.
Alc .	J. Martí.
Alg iras.	R. Muro.
Ali nte.	J. Gossart.
Al gro	A. Vicente Perez.
Al ía.	M. Alvarez.
And jar.	D. Caracuel.
Ant uera.	J. A. de Palma.
Ara uez.	D. Santisteban.
Avi .	S. Lopez.
Avi s.	M. Roman Alvarez.
Bad oz.	F. Coronado.
Bae .	J. R. Segura.
Bar stro.	G. Corrales.
Bar lona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bej .	J Teixidor.
Bill o.	E. Delmas.
Búr s.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cab .	R. Montoya.
Các es.	H. E. Perez.
Cád .	V. Morillas y Compañia.
Cal ayud.	F. Molina.
Can rias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Car ona.	J. M. Eguilaz.
Car na.	E. Torres.
Car gena.	J. Pedreño.
Cas lon.	J. M. de Soto.
Cas urdiales.	L. Ocharán.
Ceu .	M. Garcia de la Torre.
Ciu l-Real.	P. Acosta.
Cór ba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Cor a.	J. Lago.
Cue a.	M. Mariana.
Ecij	J. Giuli.
Fer .	N. Taxonera.
Fig as.	M. Alegret.
Ger a.	F. Dorca.
Gijo	Crespo y Cruz.
Gra da.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Gua ajara.	R. Oñana.
Hab a.	M. Lopez y Compañia.
Har	P Quintana.
Hue .	J. P. Osorno.
Hue .	R. Guillen.
Irun	R. Martinez.
Láti .	J. Perez Fluixá.
Jere	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las lmas (Canarias)	J. Urquia.
Leo	Miñon Hermano.
Léri .	J. Sol é hijo.
Lina s.	J. M. Caro.
Log o	P. Brieba.
Lorc	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

L rerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de C rretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del ármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

